

La Ilustracion



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 3 pesos.—Pagando en Madrid.
 Numero suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

NUM. 435.—TOMO IX.—LUNES 29 DE JUNIO DE 1857.
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande. Mes 12. Tres 34. Seis 66. Año 150.
	Edicion pequena. 8. 22. 42. 80.
Idem en provincias.	Edicion grande. 20. 50. 95. 180.
	Edicion pequena. 12. 30. 56. 110.

REVISTA UNIVERSAL.

INSTRUCCION PÚBLICA. Con motivo de las sesiones sobre instruccion, que presididas por el príncipe Alberto han tenido lugar en Londres, se hizo mencion de que de los 4.908,696 niños de tres á quince años que cuenta Inglaterra con Gales, solo existían en las escuelas 2.046,848, resultando otros 2.861,848 que no reciben instruccion alguna.

—El rey de Baviera concede una asignacion á los estudiantes aplicados que quieran cursar en otras universidades que las bávaras.

CRÓNICA PERSONAL. Ha ocurrido en Cleves, en el estado de Ohio (América), un caso muy curioso, cual es el de haber resucitado un muerto en el momento en que los sacerdotes cantaban los salmos de las exequias en medio de la iglesia. Advirtiéndose que el ex difunto Mr. Eckmann era hombre rico, y se comprenderá que los parientes no habian perdonado gasto para el mayor fausto de los funerales: el cura pirroco hablaba de las virtudes del difunto, cuando se oyó hacia el féretro un ruido que infundió espanto en casi todos los devotos. Los parientes se acercan y abren el ataúd, dando Mr. Eckmann el estupendo espectáculo de ponerse en pié, y de preguntar por qué le querian muerto antes de haber sonado una hora.

ESTADÍSTICA. Delhi, el punto central de la rebelion en las Indias orientales, antigua capital del reino mongólico, compone con la provincia de su nombre una estension de 1,670 millas cuadradas, con 8.000,000 de habitantes, que pertenecen á Calcutta, donde viven 71.530 hindus, 66,120 mahometanos, 327 cristianos que ahora habrán muerto ó habrán sido ahuyentados y 22,302 almas de diferentes poblaciones.

—El número de habitantes en el reino de Holanda subia en 1856 á 3.298,317.

—Lo estimado que está el periódico inglés el *Times*, se prueba con haber necesitado de 9.175,788 sellos en el año 56, última época de los sellos de periódicos en Inglaterra.

INDUSTRIA Y DESCUBRIMIENTOS. En Prusia se ha presentado á una sociedad económica un procedimiento para amasar el pan de trigo, que da mucha mas cantidad que la que se producía hasta hoy. Cuando se muele la primera vez, se separa por medio de la greda la harina mas fina y la restante se pasa por tamiz echándole agua, de cuyo modo quedan solo las peluculas mas pequeñas del grano, aumentándose la harina con este residuo en casi un 40%. Los ensayos que se han hecho en las panaderías de Berlin han confirmado las relaciones del inventor: la masa no presentó menos blancura que de ordinario, y su porosidad es grande.

—El mecánico Sauer, en Viena, ha descubierto el uso del vapor para las baterías en los buques y en las fortalezas; para cada dos baterías se necesita una máquina de vapor. Los cañones al vapor ya conocidos no tuvieron una demostracion práctica, que ahora se espera del Sr. Sauer, si en efecto su pensamiento ha sido mas feliz.

—Mr. Blancourt, de Marsella, moliendo los granos de distinta manera que hasta aquí, los reduce á harina cualquiera que sea la cantidad, en menos de veinte minutos, y hace lo mismo con la sémula, de manera que 100 kilogramos de grano dan 100 kilogramos de harina por término medio. El pan que se elabora con estas harinas es sumamente blanco, toma bien la levadura y tiene muy buen gusto: este descubrimiento es el objeto de todas las conversaciones en Marsella, y se cree que pronto se adoptará en el resto de la Francia, si el experimento que tendrá lugar ante hombres especiales alcanza su aprobacion.

—Si frotamos un pedazo de papel de imprimir, limpio, seco y calentado á una estufa de hierro, mediante un poco de goma elástica, aquel se adhiere fuertemente á la estufa. Separándole de pronto, se siente como correr chispas por la mano, que dan luego un estallido. Esta electricidad no puede menos de sorprender á cuantos se quieran convencer del experimento; y el papel en estado eléctrico se usa ya con buen éxito para los dolores reumáticos.

—En Cuma se hacen escavaciones que han dado hasta ahora una multitud de objetos en oro y en plata, collares, broches y magníficos vasos de *terra cotta* de época griega.

—Con motivo de la esposicion industrial en Berna, hubo fiestas públicas.

—En Dresde se vende un líquido que es un medio excelente para conocer si un tejido contiene mezcla de algodón. Con un par de gotas que se echen en la tela, se quedan blancos los

hilos de algodón, mientras que los verdaderos aparecen oscuros.

AGRICULTURA Y ECONOMÍA RURAL. Como medio de evitar la quema del trigo, indica un periódico la solucion de una libra de cloruro de cal en cuatro de agua, que se mezcla perfectamente y que se la deja posar durante dos horas. El grano se lava antes, sepáranse las partes ajenas al fruto que sobrenadan, se tira el agua y entonces es cuando se rocía aquel con la solucion dicha, hasta que lo cubre, pudiendo servir despues de derramada para otra porcion de trigo.

—Tan pronto como se nota en las patatas la enfermedad, se mueve la tierra para alejar las partes nocivas, se cubren los tronchos con ella, de modo que evite el contacto del aire, y cuando crecen vuelve á hacerse la misma operacion.

NOTICIAS MILITARES. En Pahrendorf (Austria) tendrán lugar unas maniobras militares, en las que tomará parte la caballería y la artillería de campaña estacionada en Viena.

—Tambien en Sajonia se concentrará el ejército cerca de Dresde para ejecutar grandes maniobras, entre las que figurarán las de una seccion de ingenieros, con los materiales necesarios para echar un puente sobre el Elba.

—La division de Yussuf tomó á los cabylas su último baluarte, la aldea Tauna, donde se habian atrincherado las tribus rebeldes, quedando terminado así el combate. Muchas han sido las pérdidas de los franceses en esta guerra, sobre todo de officia; los cabylas se defendieron con gran valor, demostraron que comprendian perfectamente las obras de atrincheramiento, y dieron pruebas de su buena puntería. Vencidos en todas partes, debia haberselos pasado por completo el deseo de nuevas rebeliones.

—Para dominar la ferocidad de las tribus situadas en Benitaten, Cabylia, han dispuesto los franceses construir un fuerte, y el día 14 de junio tuvo lugar la ceremonia de colocar la

primera piedra. El general Randon quiso que se diese al acto toda la solemnidad posible, con el fin de hacer comprender á aquellos habitantes su resolucion firme de quedarse en el país y de mandar en él.

NAVEGACION AÉREA.

—El Sr. Tappaz Andrés de La-Roche, natural de Faucigny, ha descubierto un aparato para esta clase de navegacion. Aunque parezca un problema difícil de resolver, ofrecemos á nuestros lectores la descripcion de su procedimiento, augurando al autor la suerte que fué negada á todos sus predecesores. Una vela de cinco metros de larga y tres de ancho próximamente, representa en el espacio la figura de un águila: encima va colocado un cono lleno de gas hidrógeno, al que circundan pequeñas vejigas elásticas, las cuales se dilatan para recibir la expansion de aquel en caso necesario. Unos hilos



Carreton con vela.

Labradores y marinos chinos.

Vendedor de pipas.

elásticos tienen sujeto el cono á la vela, hasta que se aplasta la parte inferior contra la misma; estos hilos, alargándose por la dilatación del gas, se extenderán en forma cónica.

El aeronauta va sentado debajo de la vela grande, formando el centro de gravedad de todo el aparato. El banco es móvil, tanto por la parte anterior como por la posterior en cinco milímetros, de manera, que cambiando el centro de gravedad pueda ascender ó descender la gran vela al impulso centrífugo que le imprima el aeronauta por medio de la combinación de dos ligeras rectilíneas, provistas de cuatro alas pequeñas que reciben la movilidad del aire debajo de la vela para transmitirla á todo el aparato. Lleva el aeronauta debajo de los pies dos apoyos, que con dos cuerdas cambiarían la forma del timon en cola de pez y puesto en la parte posterior de la navecilla determina su dirección. Dos ruedas construidas en forma de dos paraguas uno sobre otro, y cubiertas de tela gomada elástica, sirven de navecilla y permiten también viajar por tierra. El inventor está pronto á descubrir el arcano que encierra este aparato.

J. GARCIA.

EL CLUB DE LOS CONSUMIDORES DE HACHIS.

Libre versión del francés al castellano.

POR PEDRO DE PRADO Y TORRES.

I.

EL PALACIO-LOGIA.

En el año 18... y en el mes de diciembre; obedeciendo á una misteriosa convocatoria redactada en términos enigmáticos comprensibles para los afiliados, é ininteligibles para los demás, llegué á un barrio lejano, especie de solitario oasis en París. Allí se allaba el *hotel Pimodan* edificado por Lauzan; palacio en que tenían lugar las sesiones mensuales del *Club* de que formaba yo nuevamente parte, y al que por vez primera iba á concurrir.

No habían dado las seis, y era ya cerrada la noche; una bruma que espesaba mas la proximidad del Sena, ofuscaba los objetos todos con su borra ó boata de trecho en trecho, rasgada, y agujereada por las rojizas aureolas de los faroles, y los rayos de luz, que filtraban en las ventanas por las rendijas de las celosías. El pavimento inundado de menuda lluvia rielaba bajo los reverberos como refleja en su tersa superficie el agua una iluminación: el helado cierzo azotaba la cara, y sus guturales silbidos constituían la parte sobresaliente de una sinfonía, cuyas henchidas ondas estrellándose contra los arcos de los puentes, formaban el bajo; aquella noche no carecía de ninguna de las ruidas poesías del invierno.

Difícil era á lo largo de aquel desierto muelle, entre tanto sombrío edificio, poder distinguir el que buscábamos; por fin, mi cochero logró dar con el palacio en que se reunían los adeptos. Alcé la enorme aldaba esculpida, y á su llamamiento la pesada puerta giró sobre sus goznes carcomidos. Detrás de la vidriera de una porteria, vi al entrar boquejada la cabeza de una vieja, por las vacilaciones de una vela: parecía un cuadro de Skalken; dicha cabeza me hizo una horrible mueca, y con un dedo descarnado indicóme desde la puerta mi camino.

Al pálido fulgor que se desprende aun del cielo mas opaco, pude distinguir que el patio que atravesaba estaba rodeado de fabricas de antigua arquitectura; sentíame mojados los pies como si caminase por un prado húmedo, pues los intersticios del pavimento estaban llenos de yerba.

Las altas ventanas ojivas, de pequeños vidrios de colores, servíanme de guía para no desencaminarme; atravesé pues el patio, y me encontré al pie de una de esas inmensas escaleras como las que se construían en tiempo de Luis XIV, en cuyos tramos una casa moderna bailaría desahogadamente. Una esfinge egipcia, sobre la cual ginetaba un amorcillo, alargaba las patas sobre un pedestal, y sujetaba unas bujías entre las garras. Tapizaban las paredes lienzos desprovistos de marcos, copias la mayor parte de las obras maestras de la escuela italiana y española, y allá enteramente en las sombras dibujábase vagamente un techo mitológico pintado al fresco. Llegué al piso designado, donde en la puerta había un tambor de terciopelo de *Utrecht*, que anunció mi llegada. Halléme en una sala espaciosa, alumbrada en su estremidad por algunas lámparas. Entrar allí era lo mismo que recular dos siglos. El tiempo que corre veloz, parecía no haber pasado sobre esta casa, y como una péndola á que se han olvidado dar cuerda, señalaba siempre la misma fecha. Las ensabladuras de primorosa ebanistería hacían que las paredes conservasen el sello de aquella remota época, así como su abovedado techo. Cuando hube dado bastantes pasos internándome por la estancia hácia su punto iluminado, vi agitarse de redor de una mesa formas humanas, y en el instante mismo, un nutrido, y vigoroso *hurraa!* hizo estremecer las sonoridades profundas del viejo edificio. ¡El es! ¡el es! gritaron varias voces; que le den su ración!

II.

ORIENTAL MOSTAZA PARA ANTES DE COMER.

Un médico estaba de pie cerca del aparador, en el cual se veía preparada una bandeja cargada de diminutos platillos de porcelana de Japon, con una copa de cristal en medio que contenía una especie de *pasta verde* que abultaría tanto como un higo confitado, y que el médico con una espátula iba sacando á pequeñas dosis, depositándolas al lado de unas cucharillas de *vermeil* colocadas en cada uno de los platillos mencionados.

Resplandecía de puro entusiasmo la cara del doctor; chispeabanle los ojos, sus pómulos se tenían de púrpura, las venas de las sienas se le pronunciaban con fuerza, y respiraba con lividez por la nariz, cuyos cartilagos se le dilataban.

Esto se os descontará de vuestra parte de paraíso, me dijeron conforme me alargaban la dosis que me correspondía.

Cuando cada cual hubo comido su porción, se sirvió el café á la usanza árabe, es decir, sin azúcar, y sin colar. Acto continuo nos sentamos á comer.

Esta inversión de los hábitos culinarios podrá sorprender al lector; en efecto, no suele ser costumbre tomar el café antes de la sopa, y las confituras se comen por lo regular á los postres. La cosa merece explicación.

III.

PARENTESIS.

Existía antiguamente en Oriente una orden de formidables sectarios, mandados por un *cheik* que se titulaba *Viejo de la montaña ó Principe de los asesinos*.

Dicho *cheik* era obedecido sin réplica: los asesinos, sus súbditos, marchaban ciegamente á ejecutar sus órdenes, de cualquier naturaleza que fueren, sin que les arredrase ningun peligro, ni aun el de una muerte segura. A una señal de su jefe, lo mismo se precipitaban desde lo alto de una torre, como iban á dar de puñaladas á un soberano en su palacio rodeado de sus guardias.

¿De qué artificio se valia el viejo de la montaña para obtener de sus neófitos tan completa abnegación? Con el auxilio de una *droga maravillosa* cuya receta él poseía, y que tiene la propiedad de producir las mas deslumbradoras alucinaciones. Aquellos que la gustaban una vez hallaban al despertar de su embriaguez tan triste y descolorida la vida real, que la sacrificaban gustosos por volver á entrar en el paraíso de sus ensueños, pues abrigaban la firme persuasión de que todo aquel que moría en el cumplimiento de las órdenes del *cheik*, iba derecho al cielo, al menos que saliese airoso de su empeño, en cuyo caso era nuevamente admitido á gozar de las bienaventuranzas de la misteriosa composición.

Pues bien, la *pasta verde* que nos acababa de distribuir el médico era precisamente la misma cuya receta poseía el Viejo de la montaña, y que ingería á sus fanáticos neófitos sin que ellos se aperciesen, haciéndoles creer de este modo que él disponía del cielo de Mahomed, y de las huries de tres matices á su antojo. Era el HACHIS, de donde deriva *hachisinos* (consumidores de hachis), raíz de la palabra *asesinos*, cuya feroz aceptación se explica perfectamente por las costumbres sanguinarias de los aficionados del *Viejo de la montaña*.

IV.

COMIDA DE CATECÚMENOS.

El festín fué servido de una manera estraña y en toda clase de vagalla estravagante y pintoresca. Jarrones de Venecia abigarrados de espirales, color de leche; inmensos cubiletes alemanes historiados con inscripciones y blasones; cántaros flamencos de esmaltada arcilla y frascos de cuellos largos y estrechos, forrados aun de mimbres, reemplazaban los vasos, botellas y garrafas. Se echaban de menos la porcelana opaca de Lebeuf y la floreada loza inglesa; ningun plato se parecía á otro, pero cada uno tenía su mérito particular; la sajona, la china, la japonesa vagalla contaban allí muestras de sus pastas mas esquisitas y de sus mas ricos colores, todo ello algo desportillado, pero del mejor gusto. La mayor parte de las fuentes eran, ó bien esmaltes de Palyssi, ó lozas de Limoges, y á veces el cuchillo del trinchador tropezaba en el interior de los manjares verdaderos con un reptil, una rana ó un pajaraco en relieve, y la sabrosa anguila confundía sus pliegues con los de una culebra hecha de molde.

Un honrado filisteo hubiera experimentado alguna inquietud en presencia de nuestros trece convidados peludos, barbudos, bigotudos, ó rapados de singular manera, que allí blandían toda suerte de navajas, kriss (puñales) malayos, y dagas del siglo XVI encorvadas sobre manjares, á los cuales el reflejo de las lámparas prestaban sospechosas apariencias.

La comida tocaba á su postre, cuando ya algunos de los adeptos mas fervorosos se resistían de los efectos de la *pasta verde*. Por mi parte había experimentado una completa trasposición en el gusto: el agua tenía para mí el sabor del vino mas esquisito: la carne se cambiaba en mi boca en frambuesas, y reciprocamente: en fin, no hubiera podido discernir una chuleta de un melocoton.

Mis vecinos empezaban á parecerme algo originales: abrían grandes pupilas de lechuzas, se les prolongaban las narices cual elefantinas trompas, sus bocas se extendían como las aberturas que se practican en los cascabeles, y matizábanseles de colores sobrenaturales sus rostros. Uno de los comensales, de pálida faz, rodeada de una barba negra, reía á carcajadas de un espectáculo invisible: otro hacía increíbles esfuerzos para llevar la copa á los labios, y sus contorsiones por lograr su intento escitaban en los demás aturdidora algazara: y otros hundidos en sus butacas, la mirada vaga, los brazos como muertos dejábanse anegar en el mar del anonadamiento.

Yo, apoyados los codos sobre la mesa, lo consideraba todo á la debil claridad de un resto de *razon* que se me iba y venía vacilante como una lamparilla pronta á apagarse. Una llama de suavísimo calor, como benéfico raudal, circulaba por mis miembros; y la *locura* cual oleada que espumea sobre el peñasco, retirándose momentáneamente para estrellarse de nuevo, me asaltaba y me dejaba, hasta llegar á ofuscarle por completo.

La *alucinación*, ese estraño huésped, se instaló por último dentro de mí sér.

¡Al salón! ¡al salón!... gritó uno de los convidados, ¿no oís esos celestes coros? ya hace mucho rato que los músicos están en sus atriles. En efecto, una deliciosa armonía al través del tumulto de la conversación hirió gratamente por bocanadas nuestros tímpanos.

V.

UN PERSONAJE QUE NO ESTABA CONVIDADO.

El salón era una enorme pieza de dorados y esculpidos artonados, con frisos llenos de sátiros, persiguiendo á las ninfas entre los juncos de vasta y mármorea chimenea, y de cumplidos pabellones de brocatel: muebles, tapicerías, camapés, todo allí respiraba el lujo de los tiempos pasados, y butacas de anchura suficiente para que hubieran podido sentarse sin ajar sus tontillos antiguas marquesas y duquesas; recibieron á los *consumidores de hachis* en los brazos constantemente abiertos de sus muelles asientos. En un ángulo de la chimenea me instalé yo también en la mia, abandonándome allí á los efectos de la *fantástica droga*.

Al cabo de pocos momentos fueron uno á uno ausentándose mis compañeros, sin dejar otras huellas que las de sus sombras en la pared y que esta absorbió en breve, bien así como se desvanecen las manchas mas parduzcas que imprime el agua en la arena á medida que esta se seca. Desde aquel momento como quiera que ya no tuve conciencia de lo que

ellos hacían, será preciso, lector, que te contentes con el relato de mis simples impresiones personales.

Reinó la soledad en el salón, donde escasas luces difundían una claridad dudosa; luego, de repente, un rojizo relámpago pasó debajo de mis párpados; encendiéronse un número infinito de bugias por sí solas, y me senté bañado de una luz tibia y blanda.

Era bien el mismo el sitio donde me encontraba, pero con la diferencia que existe entre el bosquejo de un cuadro, y el mismo cuadro acabado, todo se volvió mas grandioso, rico y espléndido. La *realidad* servía como si dijéramos de punto de partida á la *alucinación*.

A pesar de que aun no viese yo á nadie adivinaba la presencia de una multitud, yo oía roce de faldas de seda, crujimientos de escarpines, voces que cuchicheaban, zumbaban, susurraban y ceceaban; carcajadas comprimidas, y ruidos producidos por el arrastre de pies, de sillars y mesas: revolvíanse vagillas, chocándose entre sí las piezas de porcelana: se abrían y cerraban puertas, y en fin, algo sucedía por ahí fuera de lo usual y ordinario.

De improviso se apareció un personaje enigmático. ¿Por donde entró? No lo sé. A pesar de todo, su presencia inesperada y grotesca, no me infundió el menor susto. Su nariz era encorvada como el pico de un ave, sus ojos eran verdes y rodeados de un triple círculo morado y los enjugaba á menudo con un pañuelo descomunal; llevaba una alta corbata blanca, y almidonada, cuyo lazo sujetaba una targeta de visita, en que se leían estas palabras: *Dancus Carota del jarro de oro*. Aquella apretada corbata oprimía de tal modo su flaco pescuezo que se le descordaban las flojas mejillas formando purpúreas arrugas, y una casaca negra de anchos faldones encerraba su cuerpo bombeado á guisa de pechuga de capon. Falta lo mejor; sus piernas estaban hechas de raíz de *mandragora*, negra, desigual, rugosa, llena de verrugas y de nudos; en fin, parecían un arbolito recién arrancado del suelo, porque algunas partículas de tierra estaban aun adheridas á los filamentos que colgaban y arrastraban; dichas piernas las movía y retorcia además con extraordinaria actividad, y cuando el pequeño tronco que aquellas sostenían estuvo enfrente de mí, el estupendo personaje prorumpió en gemidos, y limpiándose los ojos me dijo con el mas condolido acento:

«Hoy es cuando nos toca morir de risa!» y lágrimas como garbanzos resbalaban por las alas de su nariz de pico de pajaraco. ¡De risa!... ¡de risa!... repitieron á coro multitud de voces discordantes y gangosas.

VI.

FANTASIA.

Alcé la vista al techo y apercibí una porción de cabezas sin cuerpos como nos pintan á los querubines, que tenían una espresion sumamente cómica; fisonomías jocosas, felicísimas, llenas de venturanza, en términos que no pude prescindir de participar de su hilaridad: arrugábanse sus ojos, ensanchábanse las bocas, y dilatábanseles las narices con visajes y contorsiones capaces de alegrar al mismo *Spleen* personificado. Esas bufonescas máscaras revolvíanse dentro de zonas que graban en sentido inverso, todo lo cual producía un efecto deslumbrador y vertiginoso.

Gradualmente poblóse el salón de figuras extraordinariamente fantásticas como las que se hallan únicamente en las aguas fuertes de *Callot*, y en las *aguas tintas* de Goya: era una aglomeración de oropel, de andrajos característicos, de formas humanas y bestiales. En cualquiera otra ocasión hubiera yo experimentado inquietud en semejante compañía, pero nada había de amenazador en dichas monstruosidades. No era de ferocidad, sino de malicia la espresion que brillaba en sus pupilas. Solo el buen humor descubría sus desordenadas molares, y sus agudos incisivos.

Como si hubiese yo sido el rey de la fiesta, cada figura entró alternativamente dentro del luminoso círculo cuyo centro ocupaba, y con cierto aire, grotescamente compungido, me murmuraron al oído chistes que me son imposible recordar ahora, pero que en aquellos momentos me parecieron prodigiosamente jocosos, y que me inspiraron la alegría mas loca.

A cada nueva aparición una risotada homérica, olímpica, inmensa, aturdidora, que parecía resonar en el infinito, estallaba en mi derredor rebramando como el trueno. Voces alternativamente aulladoras, y cavernosas gritaban: «¡No, eso es demasiado gracioso, ¡basta, por favor, ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cómo disfruto, cada vez mas! ¡cada vez mas! ¡basta por piedad, no puedo mas!... ¡jho ho!... ¡ju hu!... ¡hi hi!... ¡qué farsa tan salada, qué sonora charada!» «¡No prosigais porque reventio, y me ahogo!... ¡no me mireis así porque voy á estallar!» A pesar de estas suplicatorias, y semiburlescas protestas, la formidable hilaridad iba siempre en aumento; la batahola crecía en intensidad, los techos y paredes del palacio parecían alzarse y palpar cual un diafragma humano, por ese reir frenético, irresistible, impacable. Luego, en vez de seguir presentándoseme uno á uno los grotescos fantasmas, me asediaron en masa sacudiendo sus largas mangas á la *Pierrot*, cantoneándose entre los pliegues de sus ropones de mágicos-nigrománticos; aplastándose mutuamente sus narices de cartón en ridículos choques; haciendo volar por el aire nubes de polvos de sus pelucas, y cantando desafinadamente estrambóticas cantares de consonancias imposibles.

Todos los tipos que hayan podido discurrir la fantasía y el festivo número de artistas y pueblos estaban allí reunidos, pero centuplicados en vigor y poderío. Era una estraña cohorte: el *pulcinella* napolitano palpaba familiarmente la joroba del *punch* inglés; el arlequin de Bergamo restregaba su negruzco hocico contra la enharinada careta del *payaso* francés, que daba horrosos alaridos; el doctor bolognés arrojaba tabaco en polvo á los ojos de *Casandra*; *Tartaglia* galopaba á caballo sobre un *clown*, y *Gill* pegaba un puntapié en cierto sitio á *Don Spavento*; *Karogheaz*, armado de su baston, se desafiaba con un foscó bufon; mas lejos se agitaban confusamente las fantasías de ensueños graciosos, creaciones híbridas, mezcla informe de hombre, bestia y utensilio; monges con ruedas en vez de pies, y marmitas por vientres; guerreros dentro de corazas de vagilla esgrimiendo sables de palo entre sus garras de aves de rapina; hombres de Estado impulsados por máquinas de asadores; reyes enterrados hasta la cintura dentro de pimenteros

de hechura de atalaya; alquimistas con cabezas arregladas en forma de soplete, y miembros contorneados en alambiques. En fin, todo cuanto puede trazar en su fiebre ardiente la mano del artista cínico, cuyo pincel guie la embriaguez, se veía ahí... y todo eso bullía, se arrastraba, trotaba, brincaba, hormigueaba, gruñía y silbaba como decía Goethe en la noche de *Walpurgis*.

Con el objeto de sustraerme á la escasa oficiosidad de aquellos grotescos personajes, refugiéme á un ángulo oscuro en donde pudiera verlos entregarse á danzas de tal naturaleza que no las conocieron jamás ni *Chicard* en tiempo del renacimiento, ni la ópera bajo el dominio de *Musard*, que fué el rey de las cuadrillas descabelladas.

—Aquellos danzantes escribían con una cabrida, en una piqueta y trenzados con los pies, comedias mas profundas que la de *Moliere*, *Rabelais*, *Srrifi* y *Voltaire*, si; mas filosóficas, elevadas, satíricas, saladas y picantes, en términos de que me veía obligado á sujetarme los hijares de risa en mi rincón.

Dancus-Carota al propio tiempo que se restregaba los ojos con el pañuelo-sábana ejecutaba también cabriolas y saltos en el aire inconcebibles, mucho mas si se atiende á sus piernas que eran, como llevamos dicho, de raíz de mandrágora, y repetía en tono burlescamente lastimoso: «¡ hoy es cuando debemos morir de risa! »...

—¡ Oh vosotros los habeis admirado la sublime estupidez de *Odry*, la maliciosa necedad de Alcides *Touzez*, la bestialidad llena de plomo de *Arnal*, los visajes á lo macaco de *Ravel*, y que os figurais saber lo que es una mascarada cómica... si hubierais asistido á aquel baile á los *Gustavo* evocado por el *hachis* convendría en que comparativamente los farsantes mas desecados de nuestros teatros apenas si valen para esculpir en los ángulos de un catafalco ó de un sepúlcrulo!

¡ Cuánta faz singularmente convulsa! ¡ cuántos ojos guiñando y chispeando de sarcasmo bajo su membranas de pájaro ó de lagarto! ¡ qué bocas de hucha unas, y otras como practicadas á hachazos! ¡ qué narices tan marcadamente decaédricas! ¡ qué abultados abdómenes mofadoramente *phantagruel*escos!

—A través del hormigueo de esa pesadilla sin angustia, dibujábanse por relámpagos semejanzas repentinas y de un efecto irresistible, caricaturas para hacer morir de envidia á *Gavarni* y *Daumier*, y caprichos para hacer desternillar de risa á los mejores artistas chinos.

Sin embargo, no todas las visiones eran monstruosas, también se ostentaba la gracia en ese carnaval de formas. Cerca de la chimenea una cabecita con mejillas melocotonudas agitaba su rubicundo cabello mostrando en un interminable acceso de júbilo treinta y dos dienteitos del tamaño de granos de arroz, exhalando carcajadas tan agudas, vibrantes, argentinas y prolongadas, acompañadas de trinos y calderones que me herían los tímpanos, y por una especie de magnetismo nervioso me veía obligado á cometer un sin fin de estravagancias.

La frenética alegría llegó á su apogeo; ya no se oían sino suspiros convulsivos y cacareos inarticulados; la risa había perdido su timbre degenerando en gruñidos; el espasmo sucedía al placer y empezaba á ser una verdad el refrán de *Dancus-Carota*.

Varios consumidores de *hachis* yacían en el suelo donde rodaran con esa muelle pesadez de la embriaguez que hace las caídas poco peligrosas. Cruzábanse exclamaciones por el tenor siguiente: « ¡ Dios, cuán dichoso soy... nado en el éxtasis... estoy en el paraíso... me hundo en un abismo de delicia! » Roncas voces partían de oprinidos pechos, los brazos se tendían desatinadamente hácia alguna vision fugitiva; talones y nuca tamborilaron en el pavimento!...

—Era ya tiempo de echar unas gotas de agua fria dentro de ese ardiente vapor á fin de precaver la esplosion de la caldera.

El estambre de la vida humana de tan poca resistencia para el placer, pero que posee tanta para el dolor, no hubiera podido soportar una mas elevada presion de dicha.

El *miron*, uno de los miembros del *Club* que no tomó parte en el voluptoso atosigamiento porque siempre hay uno que vigile la *fantasia* para impedir en un caso el que alguno de entre nosotros se arroja por la ventana, haciéndose la ilusion de que estaba dotado de alas, se levantó y abriendo el piano sentóse á él. Sus dos manos cayendo sobre el teclado de marfil produjeron un glorioso acorde que resonando con fuerza acalló como por ensalmo aquella algazara, é hizo cambiar de dirección á la embriaguez.

VII.

EL KIEF.

Creo que tocaron sobre el tema del ária de *Agatha* en los *Treyschü's*, cuya celeste melodía disipó en breve, del modo que una ráfaga barre disformes nubes, las ridículas visiones que me aquejaban. Las *larvas* retiráronse aganapándose debajo de las butacas, ó se ocultaron entre los pliegues de los cortinajes exhalando suspiros ahogados, y figuróseme estar otra vez solo en el salón.

El órgano colosal de *Triburgo* no produce seguramente una masa de sonoridad mayor que el piano tocado por el *miron*; vibraban las notas con tal poderío que me penetraban el pecho cual dardos luminosos.

A poco el ária que ejecutaba figurábase como emanaba de dentro de mí mismo; agitábanse mis dedos sobre un teclado ausente; emanaban los sonidos rojizos y azules en eléctricas chispas. El alma de *Weber* se había encarnado en mí.

Concluido aquel trozo, proseguí con interiores improvisaciones del género del maestro alemán, que me ocasionaban tan inefables arrobamientos. ¡ Qué lástima que una estenografía mágica no hubiese podido recoger aquellas inspiradas melodías de mí solo oídas, y que tengo la modestia de no titular en colocación mas alto que las obras maestras de *Rossini*, de *Meyerbeer* y de *Feiciani David*. ¡ Ah! *Pillet* y *Vatel*, ¡ una de las treinta óperas que yo compuse en diez minutos os hubiera enriquecido en seis meses!

A la alegría algo convulsiva del principio sucedió un bien-estar indefinible, una calma sin límites: hallábame en el dichosísimo período del *hachis* que llaman los orientales el *kief*; no sentía ya mi cuerpo; la materia y el espíritu habían suelto sus lazos, y yo me movía por mi única voluntad en un centro que no ofrecía la menor resistencia.

Un vapor azulado, una luz Elysea, el reflejo de una gruta

de lapizlázuli, formaban en la estancia una atmósfera en que yo veía vagamente estremecerse contornos dudosos; esa atmósfera, tibia y fresca á la par que perfumada y humada, me envolvía como el agua de un baño de placer: en un beso de enervante dulzura. Si quería mudar de sitio, el acariciador ambiente hacia en mi derredor mil voluptuosos remolinos: una deliciosa languidez se apoderaba de mis sentidos, derribándome encima del sofá. Entón es pude comprender el placer que gustan en proporción á su grado de perfeccion los espíritus y los ángeles al atravesar el éther y los cielos; y en lo que podrían ocuparse en el paraíso.

Nada material se mezclaba al éxtasis, cuya pureza no era adulterada por ningún deseo terrenal: ni el amor mismo hubiera servido á aumentarlo. *Romeo*, embriagado con el *hachis*, hubiese olvidado á *Julieta*; la pobre niña, inclinándose sobre los jazmines, hubiera tendido en vano desde lo alto del balcon sus hermosos alabastrinos brazos, que *Romeo* permanecería la pié de la escala de seda; porque es menester confesar de que la jóven mas linda del mundo no merece la pena de incomodarse para uno que haya tomado el *hachis*.

Así es, que yo con ojo apacible, aunque hechizado, miraba la esculpida guirnalda de mujeres idealmente bellas, hermosamente contornadas que coronaban el friso con su divina desnudez: veía lucir hombros de raso, chispear plateados senos, desprenderse del techo neadas que coronaban el don su divino desnudez; veía lucir hombros de raso, chispear plateados senos, desprenderse del techo plantas de piecitos sonrosados, ondular opulentas caderas sin experimentar el menor deseo. Los encantados espectros que tentaron á *San Antonio* no hubiesen ejercido poder alguno sobre mí.

Efecto de un raro prodigio, al cabo de algunos minutos de contemplacion me fundí yo en el objeto ó objetos que absorbieran mi atencion. De modo que fui metamorfoseado alternativamente en esfinje, en sátiro y en ninfa, porque aquella pintura al fresco representaba justamente á la hija de *Landon* perseguida por *Pan*. Sufrí todos los terrores de la pobre fugitiva, y traté de esconderme entre medio de los fantásticos juncos á fin de sustraerme á la cínica persecucion del monstruo de las patas de cabra.

VIII.

EL KIEF DEJENERA EN PESADILLA.

Durante mi éxtasis, *Dancus-Carota* volvió á entrar. Sentado sobre sus raíces con un baja, fijaba en mis ojos, que fulminan llamas, su pico castañeteaba de modo sardónico, cierto aire de triunfo resaltaba en toda su diminuta y contrahecha persona, tan sarcástico que á pesar me esomeció... Trasluciendo el mi espanto redobó sus contorsiones y gestos y se me aproximaba á brinquetes como una grande araña herida ó semejante á un hombre sin piernas, que va arrastrando atado en una artesilla.

Entonces sentí en el oído un sople helado, y cierta voz que me era muy conocida, pero que entonces no podía recordar á quien pertenecía, me dijo: « Ese miserable *Dancus-Carota* que vendió sus piernas para beber, te ha escamoteado tu cabeza reemplazándola no precisamente con otra de burro, como hizo *Puck* con *Bottom*, sino de elefante! »

Singularmente intrigado fui derecho al espejo y me cercioré de la verdad de aquella advertencia: parecia un ídolo chino ó javanés, se me había elevado la frente, prolongado la nariz á guisa de trompa de elefante, enroscándose sobre mi pecho, las orejas me barrián los hombros, y estaba de color de añil como el ídolo azul llamado el dios *Shiva*.

Furioso emprendí tras de *Dancus-Carota*, quien saltaba, se escurria, hacia aspavientos, y daba todas las señales de estar dominado de un terror grande: acabé por atraparle y le sacudí con violencia tal contra la puerta, que le forcé á devolverme mi cabeza, la que conservaba envuelta en su pañuelo.

Satisfecho con mi triunfo volví á ocupar mi asiento en el campé y la vocecita de antes me dijo: « Andate con precaucion, estás rodeado de enemigos, los poderes invisibles tratan de retenerte, estás preso aquí, y sino, trata de evadírte y verás. » Súbitamente figuróseme que se desprendió un velo que ofuscaba mi entendimiento, permitiéndome conocer claramente que los miembros de aquel *club* eran otros tantos cabalísticos magos ó hechiceros que solo pretendían arrastrarme á mi perdicion.

IX.

MIL QUINIENTOS AÑOS.

Con gran trabajo me levanté tratando de salirme del palacio; al cabo de un tiempo considerable solo conseguí llegar hasta la puerta del salón; un poder desconocido me impulsaba á retroceder de cada tres, dos pasos; según mis cálculos invertí en ese primer trayecto diez años. Ibame en pos *Dancus-Carota*, riendo y murmurando con aire socarrón: « Como continúe andando á este paso, cuando llegue ya será viejo. »

Sin embargo, logré todavía entrar en la pieza contigua, cuyas dimensiones desconocí. Prolongábase de un modo interminable, y la luz que brillaba en el opuesto extremo parecia distar tanto como una estrella fija. Me desanimé é iba á pararme cuando la vocecita me volvió á decir casi rozándose la oreja con sus labios: « ¡ Valor!... ella te espera á las once! »

Haciendo un desesperado llamamiento á todas las fuerzas de mi alma, logré alzar mis piés que estaban como plantados en la tierra, de donde hube que arrancarlos como de raíz. El monstruo de las piernas de mandrágora me seguía remedando mis apuros, y salmodiando la siguiente frase: « ¡ El mármol gana, el mármol gana! »

Sentí en efecto que se petrificaban mis estremidades; que, como á la *Dafne* de las *Tullerías* el mármol me rodeaba hasta las caderas, y que, como los príncipes encantados de *Las mil y una noches*, convertíme en estatua hasta medio cuerpo, mis endurecidos talones sonaban sobre el pavimento, y hubiese podido representar el papel del *Comendador* en el de *D. Juan Tenorio*.

Así y todo, llegué al tramo de la escalera; probé bajar: estaba á medio alumbrar, y á través de mi ensueño tomaba proporciones gigantescas, cyclopédicas; sus dos extremos que se perdían en las sombras parecían hundirse por arriba en

el cielo, por abajo en el infierno; dos abismos, y me dije: « Esta escalera habrá de traspasar la tierra necesariamente de parte á parte, y yo habré concluido de descenderla el siguiente día del juicio final. » En este segundo trayecto tardé mil años llegando al vestíbulo ¡ allí me esperaba otra terrible persecucion!

El mismo esfinje que vi al entrar sujetando unas bujías entre las garras, me estorbó el paso con intenciones verdaderamente hostiles; sus verduzcos ojazos chispeaban de ironía, sonreía maliciosamente su boca burlona; vino á mí arrastrándose sobre su vientre, pero no sumiso, sacudía ferozmente su grupa de leona, y así como se achuchan á los perros á la pelea, escitábale *Dancus-Carota* contra mí, diciendo:

« ¡ Muérdele, muérdele... carne de mármol para una boca de bronce es un regalo soberbio! »

Sin acobardarme por aquella horrenda fiera pasé adelante. Una ráfaga de viento frío acarició mi rostro, y el nocturno cielo limpio de nubes se me apareció de improviso, pues había por último llegado otra vez hasta el patio, solo que desde entonces había tomado las enormes proporciones del *Campo de Marte* y enriqueciéndose en pocas horas con edificios, agujas, campanarios, cúpulas, torres y pirámides, dignos de *Roma* y *Babilonia*.

La voz murmuró aun otra vez á mi oído: « ¡ Eres juguete de vanas ilusiones; este patio es pequeño pues solo cuenta veintisiete piés de largo, sobre veinticinco de anchura! » y el monstruo aborto añadió: « ¡ Créeme, mejor harás de volverte á subir buenamente, porque nunca llegarás á las once; hace 1,500 años que saliste, tu cabello está blanco ya; créeme, vuelvete allá arriba, que será lo mas acertado! »

Me resistí abiertamente; entonces, apoderándose de mí, me arrebató con una fuerza irresistible, me subió, y me arrojó de nuevo sobre el mismo campé...

El vértigo se apoderó de mí completamente... me torné delirante... me volví loco. *Dancus-Carota* hacia piruetas hasta el techo, y me decía: « Mbécil, te he devuelto tu cabeza es verdad, pero no sin haber sacado antes de ella los sesos con una cuchara! » Esperimenté una horrenda tristura, pues llevándome las manos á la cabeza tenia el cráneo abierto... perdí todo conocimiento.

X.

NO TENGAIS FÉ EN LOS CRONÓMETROS.

Cuando recobré el uso de mis sentidos, el aposento estaba lleno de gentes tristes y compungidas; estrechábanse las mas nos melancólicamente como personas aquejadas de un mismo dolor, ó pesar, y decían:

— ¡ Ah! el Tiempo ha muerto, en adelante ya no habrá ni años, ni meses, ni horas: ¡ juró el Tiempo, y nosotros vamos á su entierro! Otro observó: — Era seguramente el Tiempo muy viejo, mas no esperaba yo este desagradable acontecimiento, porque estaba buenisimo para su edad. Otro repuso: — La eternidad estaba demasiado gastada, y era ya necesario inventar un final.

— ¡ Gran Dios, esclamé asaltado de una idea repentina... ¡ pues si ya no hay Tiempo! ¿ Cuándo podrán ser las once? »

— ¡ Jamás!... gritó con voz tonante *Dancus-Carota* arrojándose á la cara su nariz, y mostrándoseme bajo su verdadero aspecto; ¡ jamás; serán siempre las nueve y cuarto... la aguja marcara siempre la hora en que dejó de existir el Tiempo!...

El *hachis* sucesivamente llegó al *kief*, luego dejeneró en pesadilla, y por último en *spleen*, dijo el vigilante *miron*, esto debe cesar; reemplacemos el piano de *Erard* con el arpa de *David*...

Así fué, y quedó roto el encanto á favor de las armonías de aquellas élicas vibraciones: voces alegres é infantiles, gritaron: « ¡ Aleluya, aleluya, el Tiempo ha resucitado; mirad ahora el cronómetro! la aguja señalaba las once. »

El fantástico ensueño producido por el *hachis* ha concluido. Todos los adeptos nos retiramos á nuestras respectivas casas.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

CARTAS DE UN VIAJE

AL INTERIOR DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA,

DIRIGIDAS

AL SR. D. FLORENCIO JANER.

Hato de San Felipe, parroquia de Guarda-tinajas, provincia del Guárico, república de Venezuela, 19 de mayo de 1857.

Querido y apreciable amigo: Faltaria á la promesa que le di en mi carta anterior si permaneciera en silencio, si no le contara lo que he presenciado en los quince dias primeros de mi itinerario en el interior de la república de Venezuela. Dije á Vd. que sentía mucho no estar adornado de las bellas cualidades de un poeta para pintar con sus verdaderos colores el brillo natural que estos cuadros presentan, porque casi siempre se hallan en opuestos polos los naturalistas y los amantes de las musas; aque los son severos y austeros, estos risueños y pródigos; embelleciendo sus bocetos con rasgos sorprendentes. Yo carezco de ingenio, y solo describo, analizo, estudio, comparo y si se quiere imito con mis sencillas preparaciones la naturaleza simple; tan solo la sustancia material es lo que me ocupa, y así perdóneme si soy pesado en mis trabajos. Vd. sabrá hacerlos mas amenos comentándolos.

Por el lugar de la fecha verá Vd. que escribo en un hato; que no espero redondear mi viaje para redondear mi obra; deo esto para otro día si la suerte se me cambia y sopla mejor el viento que refresca esa atmósfera, donde me ha ido tan malamente siempre que he tratado de respirarla; por ahora me sienta bien la que me rodea á los 6 ó 7° de latitud del Ecuador. Son las doce del día y me alienta un ambiente de 18°, debido á una fuerte brisa Nordeste. Debajo de unos frondosos mangos, en un día de la mas hermosa y alegre primavera, escribo, pues, estos recuerdos, que tal vez me recreen algun tiempo como ahora me recrean los inimitables colores de una iguana, cuyo verde de esmeralda descompone la luz ofreciendo diferentes matices, mientras se encarama por los troncos de un riñon cobijado por dos naranjos.

El día 6 de mayo salimos de la capital de la república con dirección a una colonia distante de Caracas dos jornadas, fundada por los tovarés con el doble objeto de fomentar la agricultura y poblar aquellos lugares. A pocas leguas de la ciudad ya no encontramos casi a nadie: no pudiendo hallar quien nos guiara perdimos pronto el camino, empezando el viaje con desgracia. Cansados de andar, hallamos una mala posada, que los del país llaman *ranchito*, donde nos sirvieron un verdadero rancho. Atravesando quebradas, subiendo cerros y montes, en una de sus filas nos vio venir a perder. Cansados de revolver veredas, tropezando con árboles caídos, lloviendo sin cesar, con piso resbaladizo y oscurecido el día por una niebla muy densa, nos encontramos afortunadamente con unos arrieros que nos condujeron después de muchos rodeos y trabajos a otro rancho colocado en uno de los lomos de una montaña. Donde nos hospedamos y pasamos la noche junto con otros huéspedes también. Mas si tuviera que pasar muchas noches como aquella, no tuviera, querido amigo, la esperanza de volverle a ver jamás. Estrené por primera vez la hamaca, esta ligera y sencilla cama de pita ó lienzo en forma de honda, compañera inseparable del viajero americano, que tanto place y en la que se descansa tan tranquilamente: el estreno fué un recuerdo de indignación y de fastidio. Creía, como se cree comúnmente, que en la América del Sud hacía un calor insostenible, que por do quiera sobraba la comida, que todo era abundancia, todo felicidad; bien caro pagué la primera prueba de semejante error, de tan falso concepto. Estaba enfrente de la puerta muy mal ajustada, caja junto a mí una gotera, los pies y ropa tenía mojados, sin cobija, soplando un viento tempestuoso como el más crudo día de nuestro invierno; ¡figúrese cómo pasaría aquella primera noche a las cuatro ó seis leguas de la capital después de una ligera cena! Hambre, frío, cansancio, disgusto y arrepentimiento, eran los objetos especiales de mi primera jornada.

Recibimos de él una inesperada lección. La Universidad de Berlín ha remunerado sus trabajos, ha colocado en su gabinete de historia natural una multitud de colecciones de pájaros, de insectos, de mariposas, de plantas; en una palabra, de los diferentes productos de los tres reinos de la naturaleza que se hallan en la América del Mediodía. Hace catorce años que vive en la colonia, donde disfruta de buena salud y se ha hecho poderoso.

Salimos del mismo modo que llegamos, con mal tiempo: la lluvia, el frío y la niebla nos tenían incómodos; sin embargo, el hambre había sido mitigada con mesura por la hospitalidad alemana; pero para dirigirnos a Victoria era necesario traspasar todavía la estremidad norte de la cordillera de la colonia, que en riesgos era semejante al camino que habíamos andado. Venimos por fin todos los peligros y nos pusimos a la mitad de la jornada en un país mas ameno por su temperatura y cultivo.

Muy cerca de Victoria hay una vega rica con estensas haciendas de café y caña fertilizadas por el tigre, y aunque permanecemos poco en la ciudad reconocimos en ella aseo y limpieza; las posadas ofrecen al viajero alguna comodidad y los productos de sus tierras los trasportan a la capital de la república ó a los puertos vecinos.

Al subir por la cuesta de las mulas, distante de Victoria cinco leguas, nos regocijamos en contemplar los campos alfombrados del Este de la cuesta; subimos el cerro y al lado Oeste se nos presentaron a la vista los valles de Aragua. La perspectiva que ofrece al viajero esta parte del monte causa una sensación de las que nunca se borran: ve á sus pies una inmensa alfombra con dibujos y colores sorprendentes; las haciendas de caña dulce, café, cacao y maíz reflejan matices distintos, una multitud de riachuelos delinean sus variadas figuras, adornan sus centros los blancos edificios de sus pueblos y corona la obra la hermosísima guirnalda, la laguna de Valencia que resplandecía en medio de la noche y á la claridad de la

iluminación nuestra mandaría construir unos *perroparrilla*, ferrocarriles, para que sin necesidad de vacas, mulas, ni caballos se trasladaran sus *corotos*, cualquier cosa de bulto. Ya puede Vd. figurarse cuál sería nuestra risa al oír semejantes despropósitos.

Nos marchamos hacia San Juan de los Morros, donde llegamos diluviando; es célebre por unos promontorios de figura cónica con escotaduras perpendiculares que imitan bien la boca de un cordero balando; comparé los Morros á nuestra montaña de Monserrat, solo que las puntas son menores, menos en número y mas distantes; en la falda del monte hay unas cuevas naturales, cuyo número y tamaño es variable; cada día se descubren nuevas, nada tienen de particular, solo cuelgan de sus paredes algunas estalactitas. En el pie de la montaña hay un manantial de agua termal hidro-sulfurosa, que en nuestro país tendría el mismo uso que las aguas de Olot y Esparraguera, aguas de la Puda. Algunos médicos mandan á sus enfermos á ellas y se obtienen curaciones sorprendentes, pero sin que nadie las dirija. Los aguaceros impidieron que estudiásemos mas los Morros de San Juan.

El siguiente día fué otro de prueba, que no pudiendo llegar donde habíamos proyectado, tuvimos que quedarnos en una choza de paja y hojas de palma. Mas de cien veces atravesamos la quebrada de Parapara, cuyo río se parecía á una culebra que arrollara una multitud de veces la vereda como un caduceo monstruoso. Ya me fastidiaba tantas veces reiterada la misma operación; todos los que pasan esta quebrada se quejan de lo mismo; nosotros con mas razón debíamos de estar disgustados, porque no dejó de llover en todo el tiempo que la atravesamos, poniéndose el río cada vez mas crecido. A medida que entraba el día, el cielo se iba encapotando de negros nubarrones; por la tarde fué preparándose la mas fuerte tempestad intertropical. Por fin se abrió el mundo en anchas y dilatadas cataratas empujadas por ríos huracanes, que gracias á su prontitud, fué corta aunque imponente. El rayo cen-



General de caballería.

Soldado de infantería.

Tropas chinas de diversos cuerpos.

El día siguiente, oscuro y lluvioso como el anterior, partimos con uno de nuestros compañeros de posada, un arriero alemán de la colonia, que con sus burros formábamos ya una especie de caravana. Nos hizo trepar por aquellos lugares, al principio tan estrechos y resbaladizos que temí muchísimas veces ser aplastado por la mula. Estábamos ya muy cerca de la colonia y tropezamos con un árbol desgajado que obstruía completamente el único camino que había para seguir adelante: los continuados aguaceros reblandecen el piso y los árboles se caen fácilmente, porque en América las plantas necesitan menos de la tierra que en Europa y carecen de las fuertes raíces que alimentan las plantas nuestras. Tuvimos que apearnos y trabajar mas de dos horas para superar el obstáculo que nos estorbaba la marcha: construimos un poco mas arriba otra veredita que con trabajo vencieron por fin burros y mulas. Ya nuestra paciencia se acababa, ya habíamos apurado demasiado el humor que nos animaba á nuestro corazón de viajero, y las fuerzas nos iban faltando cuando llegamos á la colonia Tovar.

Permanecimos en la colonia día y medio; á pesar de estar lloviendo, de estar muy nebulosa la atmósfera, pudimos contemplar la fuerza productiva de su vegetación; vimos con gusto medrar la fresa silvestre por las orillas del camino; el trigo y centeno estaban espigados y cultivados con esmero por la laboriosidad de los colonos alemanes; las plantas del país formaban la mas admirable hortaliza. Allí encontramos un jardín botánico debido á la suma paciencia del célebre naturalista Carlos Mohitz, alemán amable y bueno. Además de las plantas cultivadas con el mayor esmero y clasificadas por sus órdenes naturales, nos enseñó una colección de mariposas con sus nombres científicos, que dudo haya otra mejor en el mejor gabinete de historia natural; nos habló mucho de las transformaciones de los gusanos, y el naturalista parecía adivinar en sus explicaciones el placer que nos daba en escucharle, y re-

luna como una corona de piedras preciosas. Empezábamos ya á hermanarnos con estas bellas percepciones y á olvidarnos de los disgustos de las jornadas anteriores, nuestro corazón se regocijaba y en cada paso que dábamos se abría un nuevo panorama.

Continuando, pues, nuestro camino á través de los amenos valles de Aragua, no veíamos mas que ricos campos cultivados, donde el café y la caña dulce forman sus principales labores; el café unas veces se ve medrar por debajo de los plátanos y otras le cobijan los bucares cuyas cabezas se pierden por los aires tan elevadas como son; á uno y otro lado del camino se desarrollan corpulentas ceibas y habillos que bajo su sombra puede descansar un batallón. Jamás había visto árboles mas frondosos que los del valle de Aragua. Las mulas pasaban veloces por estos lugares tan llanos y sin guijarro alguno; todo estaba seco y me parecía pisar un suelo asfaltado y hasta la villa de Cura parece que el poder de la naturaleza se ostenta con toda su fuerza y esplendor. Hicimos alto en el Ancon, hacienda de caña que en tiempo de la esclavitud producía mucho; ahora es buena todavía á pesar de la falta que tiene de trabajadores. Descansamos cuatro días en aquella posesion y admiramos el atraso en que se halla el país con respecto á la agricultura á pesar de formar esta su riqueza. El mayordomo, que era español, se quejaba de no poder encontrar hombres de nuestro país para dar á su hacienda todo el impulso de que era capaz: contaba solo con veinticinco peones y podían emplearse 150. Es de advertir que ni aun pagando adelantado se encuentran trabajadores; para mantener en el trabajo á los que tienen, es preciso contentarlos y adelantarles mucho dinero. Uno de los peones, al parecer menos tonto, que era de unas 12 leguas distante de la hacienda, dijo que muchas veces había pensado colocar como en Europa un *teléfono de mecate*, telégrafo de cuerda, desde el pueblo de sus padres á la hacienda; añadió después que á

telleaba por el espacio acompañado de un trueno que sin cesar bramaba por los repetidos ecos de tantas quebradas sepultadas entre una multitud de cerros. Las mulas nadaban, no andaban, hasta que tuvimos que pararnos.

La posición del suelo tiene poco de firme, las aguas apenas corren; permanecen en algunos puntos al parecer encharcadas, formando los terribles *caños*. Como llovía á mares, los ríos se llenaron y los caños se hincharon tanto, que si un práctico, que nos llevó por un *deshecho* ó lugar donde el agua tiene mas corriente, no nos hubiese sacado de ellos, hubiéramos tenido que pasarlos á nado, cosa muy comun en el invierno. Como los deshechos desvian mucho del camino y en uno perdimos dos horas por el gran rodeo que dimos, quisimos pasar un caño, en el cual el paje se hundió y cayó de la mula medio maltratado; así no dejó de presentarnos el caño una escena bien patética. Un amigo me había dicho que su paje, al pasar un caño, había sido víctima de un caimán, motivo por el cual me andarme semejantes anfibios en lugares todavía tan escéntricos, que solo habitan cerca de los grandes ríos. Pasamos felizmente todos los pasos peligrosos y entramos de lleno en la mansion de los *Llanos de Venezuela*.

Dejamos á Morrocoy, y con la salida de la luna se había aplacado la tormenta y por la madrugada brillaba con todo su esplendor: las variaciones atmosféricas son muy prontas en estos lugares; algunas veces casi instantáneamente se forma una tempestad horrorosa, que se desvaneca como el humo. A la claridad, pues, de la luna vimos á la tierra despejarse como el cielo en un inmenso cosmorama, donde ni promontorio, ni cerro, ni monte, ni quebrada y obstáculo alguno interceptaba el campo de la vision, formándose á nuestro alrededor un horizonte sin límites. El Divino Arquitecto de la naturaleza había aplinado la tierra con su inmensa llana.

Amaneció el día y tuve el placer de ver salir el sol de la misma manera que le ví en la cubierta del bergantín Ricardo, después de pasar el trópico de cáncer; dar la vuelta por el cenit y ponerse fué exactamente igual. La salida y puesta del sol en estas vastas llanuras no hay escritor que las pueda describir, no hay pintor que las pueda pintar, no hay físico que las comprenda ni astrónomo que pueda estudiarlas; solo las admira quien las ve, las recuerda quien las ha admirado, pues se marcan en nuestra imaginación con selos indelebiles. Mr. Arago se recreó en ellas como yo las contemplo extasiado y me humillo al contemplarlas. En un simple fenómeno natural, en sola la descomposición de la luz al traves de las nubes en el acto de esconderse ó salir el sol, está limitada la sorprendente escena. ¿Qué matices artificiales pueden igualar á los que entonces se pintan por encima del horizonte?

Nos cansamos de andar por un suelo tan igual y aparejado que en sentido figurado diríamos que es un mar en calma: la vegetación, los animales, los hombres, el cielo, la tierra, todo es distinto. En el verano pásanse días enteros sin encontrar

Gracias al amigo Statio Gutierrez, dueño del hato de San Felipe, que equivale á una provincia, porque tiene doce leguas y media cuadradas, puede estudiar las costumbres y diversiones de los llaneros.

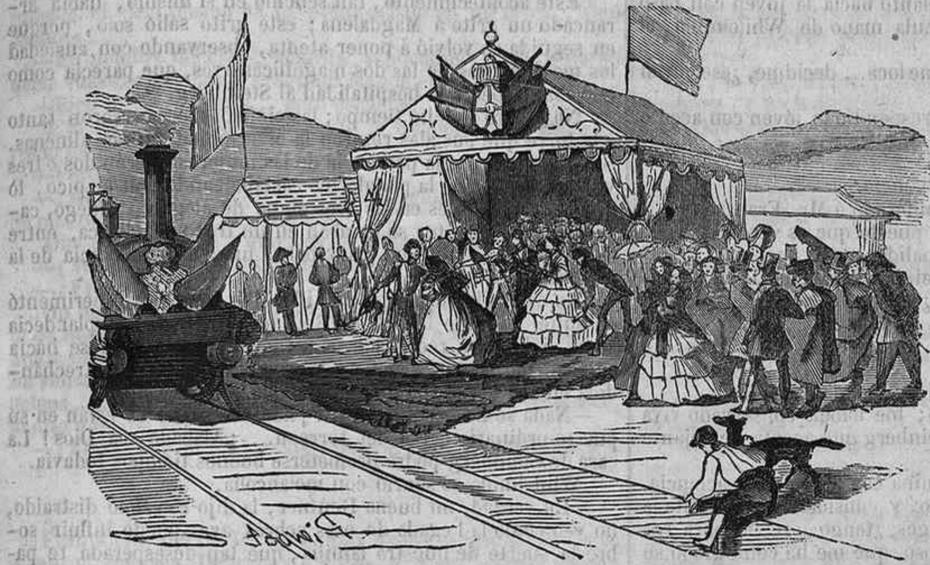
Como en el hato pacen diez mil reses vacunas y quinientas caballares, ejecutan todos los días las operaciones del lazo, coleo y amansamiento; con la descripción de ellas terminaré mi carta: en la siguiente le espondré á Vd. cuáles son sus bailes y cantos.

DEL LAZO. Es tradición nacional que con el lazo, los llaneros vencieron á los españoles en tiempo de la guerra de la independencia; lo manejan con tanta maestría, que creo son ellos mas fuertes con sus sogas que otros con espada y lanza, atendidas las distancias en que pueden atacar.

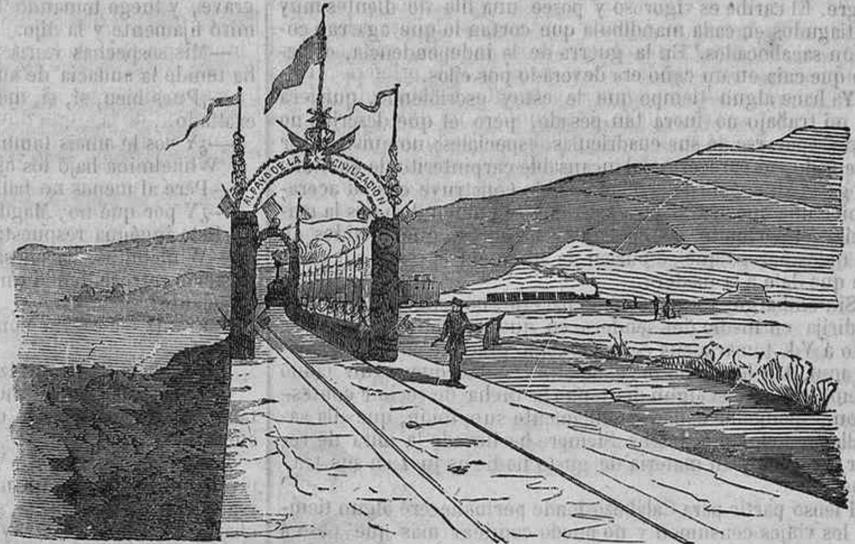
Así propónense enlazar un novillo ó caballo cerrero ó no domesticado, montan á caballo con su silla llanera, parecida á las de la antigua española, apoyan sus piés en estribos llaneros, también labrados por ellos, que tienen la figura de una mitra cuyas dos puntas miran hácia el suelo; ármense de su cuerda

lato respectivo. Tienen los llaneros un reglamento gubernativo con leyes particulares y sujetas á tribunales de justicia en caso de discordia; las aguas y pastos son comunes; el hato que los tenga mejores llama mas ganado y las hembras paren mas; hay la costumbre bien entendida de que cuando se practica la vaquería general, el ganado nuevo que no está herrado ó sellado, proceda ó no del ganado del hato donde se encuentra, queda para el dueño del hato. Es claro que el dueño del hato mas fértil en verano ó tiempo seco tiene mas entradas ó utilidades de becerritos ó potros que el que se encuentra en circunstancias opuestas.

DEL COLEO. Es una costumbre bien estraña y que sirve casi siempre de diversion á los llaneros, la de colear al ganado vacuno. Ya he dicho que esta clase de individuos ginetean con perfección; pruébalo el coleo y el amansamiento. El coleo es juego nacional, y el gobierno tolera y fomenta esta diversion en las calles de las principales ciudades venezolanas, donde son los coleadores los principales caballeros; la plebe entonces es la que especta. Sin embargo, el coleo mejor es el de los



La inauguración del ferro-carril de Alar á Reinosá.



Vista del Hijaer en el ferro-carril de Alar á Reinosá.

agua, en el invierno se inundan las tierras, se borran los caminos y solo pueden andar los criollos avezados ya en tales ejercicios, que llaman los del país *vaqueanos*. Válese entonces de la forma y disposición del terreno y árboles; las caballerías, prácticas como los ginetes y cubiertas las piernas de agua y barro, los conducen con muy pocas insinuaciones fuera de estas inmensas lagunas; muchos caños, sin embargo, los pasan á nado, cargando los hombres en su cabeza las sillas de montar, las cargas y demás arcos, á fin de que no se mojen y de aligerar el caballo, que juntos se disputan á nado la opuesta orilla del río. ¿Quién duda que estos hombres deben de ser osados ginetes, buenos nadadores y de mucha fibra? Estos son los *llaneros*.

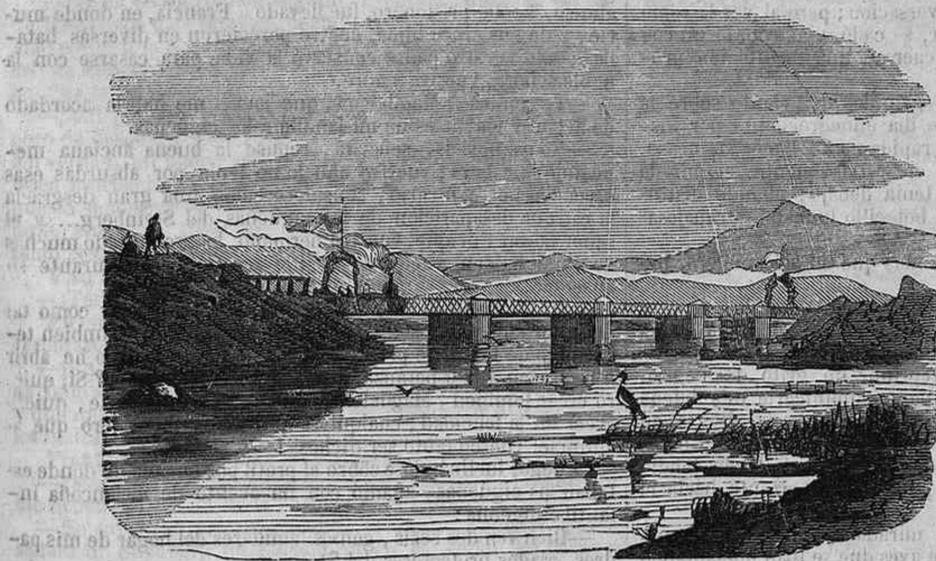
DE LOS LLANEROS, COSTUMBRES Y DIVERSIONES.

Los llaneros montan siempre su buen caballo ó mula, cargan trabuco y navaja ó puñal, espada ó lanza que usan en el monte para defenderse de cualquier animal carnívoro ó matar

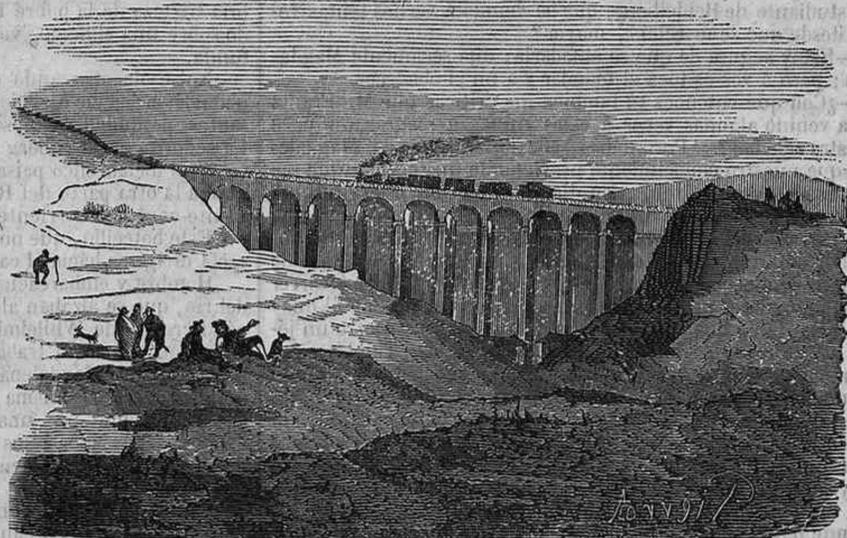
de cuero de ganado que llaman *soga*, la sujetan por una punta al rabo del animal que van á montar; así *rabiada* cogen la *soga*, arrollan la mitad que mira al rabo y la echan un *cagalera*, esto es, se afirma de un *soguero*, que es un anillo de látigo ó cuerda de piel prendido al lado derecho de la silla; el anillo sujeta el haz de *soga* ó *cagalera* en una disposición que cuando se enlaza la res se desprenda con facilidad ella misma, suelte el rollo de *soga* quedando firme en el rabo del animal, donde hemos dicho que estaba atada. Hace en la e-tremidad que queda de la *soga* un lazo escurridizo, le coloca abierto en la mano derecha y en la otra mano arrolla lo que queda de *soga* ó el *seno*, que llaman con propiedad, que junto con la brida del caballo, *asejanse* cual no puede figurarse. Manda al corcel, *tramolea* el lazo cual si fuese una honda, busca el ganado, lo persigue hasta que se coloca en buena posición; dispara en seguida el lazo en la cabeza del bicho y lo sajea. Regularmente salen bien en la primera tentativa y hay entre los llaneros individuos que casi no yerran ningún golpe de lazo, mereciendo entonces cierta preferencia y respeto. Usan del lazo cuando se

llanos. Montado el ginete en su caballo sigue un novillo, vaca ó toro hasta que le alcanza, el caballo diestro y práctico como el ginete en el juego, busca uno de los costados del novillo; observa que el que le cabalga se prende del rabo del bicho y se aparta un poco; el novillo movido con fuerza contraria á la dirección que lleva, oscila y cae algunas veces doblando sus patas traseras: en este último caso el éxito es enteramente completo y se aplaude la agilidad del vencedor. He visto en Caracas llenar el bello sexo de cintas á los buenos coleadores, medio por el cual estos se estimulan. Otras veces el ginete llega al costado del toro, se apea en medio de su carrera, para su corcel, coge la cola del bicho, lo volteo y tumba con la velocidad del rayo: si es toro, con otro compañero lo capa y en seguida parte á capar otro toro. Estos ejercicios son propios de los llaneros en campo raso ó en las sabanas; si el toro se embravece le manejan, le torea hasta cansarse y caerle. Son los hombres del llano mas bravos que las fieras que lidian.

DEL AMANSAMIENTO. Una vez metido el potro ó caballo cerrero en el corral, verificada la operación del lazo, van á domes-



Puente del Conjurado (Congo-to) en el ferro-carril de Alar á Reinosá.



Vi ducto de Mariantes en el ferro-carril de Alar á Reinosá.

á quien les insulta ó es sospechoso. Visten calzoncillos como nuestros valencianos, camisa encima de ellos y comunmente guardacamisa; sombrero de jipijapa atado por debajo de la barba. Empero cuando están de función ó van á hacer sus correrías, cambian entonces sus espuelas por encima de los piés desnudos, visten además el *garrasí* ó *uña de pavo*, pantalón estrecho y corto hasta en medio de la pantorrilla, de cuya parte exterior cuelgan dos puntas que se acorchetan. No dan un paso sin su caballo y son estremados en enjazarle con lujo; así es que en el apero de su corcel ponen toda su ostentación y orgullo: casi siempre es plata el metal que usan para las espuelas, hebillas, bocado, mango del puñal y espada, adornos de la silla, etc. Son atrevidos, como hemos dicho, y bien conocidos en el país como hombres de lanza en ristre; no obstante son unos esclavos si se les llega á conocer y se les trata con cariño y dulzura; además son por naturaleza hospitalarios.

proponen reunir ganado vacuno ó caballar, constituyendo lo que llaman *vaquerías*.

Hay una clase de vaquerías que llaman *generales*, que regularmente se hacen dos veces al año, á la entrada y salida de las aguas, con el objeto de que cada dueño reúna su ganado; parece imposible atendido á las grandes distancias que estos emigran cuando escasean los pastos. Para empezar los trabajos de vaquería se ponen de común acuerdo los mayordomos de diez ó doce hatos vecinos, reúnen estos sus vaqueros ó peones y van de hato en hato pidiendo los *rodeos*, que consisten en reunir en un paradero del hato que recorren todo el ganado que encuentran; despues escogen por las señas de los animales, que llaman *hierros*, cada uno su ganado y lo conducen á *madriñas* ó paraderos especiales, siendo aquellas tantas cuantos son los dueños; si por casualidad encuentra animales de su *hierro*, de las *madriñas* los conducen cada mayordomo á su

tiarle. Lo que primero practican consiste en teparle los ojos, colocándole en seguida un par de *sueeltas* para que no se mueva de su sitio; luego lo ensillan, in freno y solo con una falsa brida se montan á caballo quitando antes las *sueeltas*. Destápanle los ojos y el potro se halla bajo el dominio de un hombre, y le domina porque no le cae, antes cae el animal rendido; implántale únicamente su falsa rienda. Cualquiera que conozca la violencia del caballo podrá figurarse cuál ha de ser la del potro que se ve por primera vez sujeto de su boca, ensillado y cargando un ser que por mas que trabaje no puede desprenderse de él; corcovea, corre, se detiene, se ladea, se echa de espaldas, se muerde la pierna ó la del domador, baja la cabeza, se encorva en arco, se aplana, se sacude, chillá y grita, se cansa en vano, se rinde y cae jadeando. Esta es la primera lección que recibe y bastan comunmente tres lecciones para que el caballo conozca que sus armas son meros po-

derosas que las de el hombre que le monta y sufra todo el peso de su dominio; despues le enseña a andar, trotar, galopar a su simple albedrio, sacando de esta manera caballos que no se enseñan mejor en nuestros picaderos.

Seria una falta imperdonable si pasara en silencio la esmerada acogida que he tenido en el hato donde le escribo; á mi llegada matóse una ternera y me licieron saborear su costillar asado á lo llanero, que escede en buen gusto á la ternera de nuestra capital. Me entretuve algunos ratos en pescar; lo único que podimos coger fué el pez caribe que es de los mas carniceros que viven en los caños y rios de las Américas: lo que empleamos para pescar fué la carne del becerro y pedazos de rana, y no bien habiamos tirado la carnada al agua que se clavaron los caribes. Cuentan como positivo que cuando pasa una caballería por un caño donde estén cebados acuden en cardumen, y como aquí llaman en *peñasco ó bojote* y se clavan de las piernas de la bestia hasta el extremo de desollarla y quedar algunos colgando aun despues de estar fuera del agua; tendrán una tercia de largo y tres pulgadas de ancho, son oscuros por el dorso y colorados por el vientre; hay unos llamados zamuzitos, mas pequeños, que en escuadrones acuden donde haya sangre. El caribe es vigoroso y posee una fila de dientes muy puntiagudos en cada mandíbula que cortan lo que agarran como un sacabocados. En la guerra de la independencia, el herido que caía en un caño era devorado por ellos.

Ya hace algun tiempo que le estoy escribiendo, quisiera que mi trabajo no fuera tan pesado, pero el que describe no puede separarse de sus cuadrículas especiales; no quisiera ser estremado, ni parecerme al incansable carpinterito de montaña que gasta su copete de arbol cuando construye con su acerado pico una cueva tras otra para que se aniden despues la mariposa, el periquito, las corrorras y los loros, que metidos en sus nidos parece que se burlan de él mientras está sin cesar dale que dale á la madera.

Sin embargo, yo no sé cómo hacerlo, no tengo á nadie que me dirija en medio del sendero en que camino; si estuviere junto á Vd. tomara sus consejos como práctico en estos trabajos; aquí, tan lejos, no me cabe otro recurso que seguir como he empezado, y si algun día tengo la dicha de recibir contestacion, espóngame llana y sencillamente su opinion, que ella sabrá llenar todos mis deseos. Siempre he llevado la mira de recibir consejos y en materia de gusto nadie es juez en sus trabajos.

Pienso partir para Calabozo donde permaneceré algun tiempo, los viajes consumen y no puedo caminar mas que paso á paso; he de ganar para la vida al propio tiempo que viajo. ¡Qué sabroso será cuando un gobierno proteja al viajero, carga con los gastos del viaje y además le proporciona todos los medios de instruccion! Yo, amigo, no tengo mas amparo que la esperanza, otros instrumentos que mis miembros, y si alguna vez me extravío por estos estensos campos y pierdo el norte de mi brújula, consuélame la idea de que á ningun extranjero se le niega la hospitalidad americana.

Queda siempre reconocido su servidor q. b. s. m.

NICOLAS GIBERNAU.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR ELIAS BERTHET.

(Continuacion.)

—¿La temeís, Whilelmina? dijo la anciana con acento sor-do; en efecto, tenéis motivos para ello...

—Vamos, tu mal humor se vuelve contra mí ahora, repuso la señorita de Steinberg en tono de enfado; vamos, Magdalena, hablemos francamente de lo que nos ocupa; las dos en secreto: ¿crees que mi hermano vería con gusto á M. Frantz... al estudiante de Heidelberg, que ha venido á vernos tantas veces desde que se marchó el mayor?

—Estoy segura de que se enfadaria, dijo secamente Magdalena; pero á vos os toca el mandar y á mí el obedecer.

—¿Con que entonces tú tambien me criticas que M. Frantz haya venido algunas veces á estas ruinas á alegrar un poco nuestra soledad?... Pero debes reflexionar, querida Magdalena, que nuestro conocimiento proviene de un servicio que me hizo ese generoso jóven... Un día, á fines del otoño último, me paseaba sola á bastante distancia del castillo, cuando una turba de estudiantes borrachos que bajaban el Rhin en un botecillo, saltaron, al verme, á la orilla y corrieron á mí. Uno de esos insolentes quiso darme un abrazo, pero yo eché á correr lanzando agudos gritos. Ellos me persiguieron, mas en el mismo instante en que me alcanzaban, acudió á mí socorro un jóven cazador que se hallaba por aquellos sitios. Tambien era estudiante como ellos, y por eso no se asustaron al pronto cuando le vieron; pero él les habló imperiosamente, y hasta amenazándoles. A pesar de que estaba muerta de espanto, sin embargo, ó palabras de desafio... Por último los agresores se retiraron, y Frantz me acompañó hasta el castillo: me habló muy poco en el camino, pero sus palabras eran tan respetuosas, tan cumplidas... A la mañana siguiente salió de la aldea, adonde habia venido á descansar de sus trabajos científicos, y no se le volvió á ver hasta un mes despues; estaba pálido y llevaba vendado un brazo... habia vengado mi injuria; y uno de mis agresores estaba muerto... Dime, Magdalena, ¿crees que mi hermano no aprobaria tan generosa accion?

—En otros tiempos los barones de Steinberg, para vengar un ultraje semejante, habrian quemado la ciudad y habrian ahorcado á todos los estudiantes de Heidelberg en los árboles del paseo público... Sí, convengo en que ese jóven mereceria que se le diesen las gracias siguiendo las ideas actuales; pero basta esto para recibir aquí á un hombre de baja condicion acaso? No debía aceptar por toda recompensa el honor de haber hecho un servicio á una baronesa de Steinberg?

—Eso es exagerar demasiado, mi pobre Magdalena; los Steinberg, lo mismo que los otros, deben ser agradecidos ante todo... y por eso cuando Mr. Frantz, que tenia un aire tan triste y desgraciado, tomó un cuarto en la posada de la aldea para restablecer su salud y para buscar la calma que no podia hallar en Heidelberg, en medio de sus alegres camaradas, no pude negarme á recibirle algunas veces en tu presencia. Me trajó varios libros; hablaba con nosotros de la historia de nues-

tra familia; tú le contaste nuestras antiguas leyendas, porque entonces le querias, Magdalena, entonces le querias como aun hijo ¿te acuerdas? decía que...

—No me recordeis eso, porque acaso comelí entonces una gran falta. Sí, Mr. Frantz me gustaba, y me gusta aun... pero desde que viene con tanta frecuencia á la torre, desde que he notado vuestra tristeza en su ausencia, y vuestra alegría cuando llega, me asusto y tiemblo por lo que puede suceder... ¿Acaso puede haber algo de comun entre la baronesa de Steinberg y un pobre diablo que vuestros antepasados apenas habrian tomado de criado?

—Nuestros antepasados duermen en su sepúltero hace ya tiempo, Magdalena, y su hija no ha conservado nada de su poderío... ¿Por qué me he de privar en mi abandono de la sociedad de ese jóven que tanto nos distrae en nuestra soledad?... Es cierto, sí, cuando paso un día sin verle, mi corazon se oprime y siento como un deseo de derramar lágrimas.

—Y por eso estáis tan triste hacia un instante.

—¡Oh! vendrá... va á venir...

Whilelmina se detuvo de repente ruborizada.

Magdalena se levantó, se adelantó hacia la jóven con paso grave, y luego tomando la trémula mano de Whilelmina, al miró fijamente y la dijo:

—Mis sospechas van á volverme loca... decidme, ¿ese jóven ha tenido la audacia de amaros?

—¡Pues bien, sí, sí, me ama! respondió la jóven con acento exaltado.

—¿Y vos le amais tambien?

Whilelmina bajó los ojos en silencio.

—Pero al menos no habreis confesado á Mr. Frantz...

—¿Y por qué no, Magdalena, puesto que es verdad?

Esta ingenua respuesta hizo palidecer á la anciana...

—Whilelmina, baronesa de Steinberg, preguntó con desesperacion retrocediendo un paso, ¿qué os prometéis de un amor semejante?

—Frantz se casará conmigo, Magdalena, y seremos dichosos.

Magdalena Rentner alzó los ojos y las manos al cielo.

—Señor, Dios mio, murmuró; me habeis conservado viva tanto tiempo para oír á una Steinberg que acepta semejante suerte!

—Magdalena, Repuso Whilelmina con algo de impaciencia, olvida el pasado por un momento, y considera únicamente la realidad presente. Pobre, sin amigos, ¿tengo derecho para rechazar á un hombre leal y generoso, que me ha consagrado su amor? Frantz es muy instruido, y por consiguiente puede hacerse un nombre en las ciencias ó en las artes; aun no es rico; disfruta de una fortuna independiente; no quiere dar explicaciones sobre su familia, pero estoy segura de que es de buena casa. Viviremos oscuros, olvidados... le amo tanto!

Magdalena estaba como petrificada.

—¿Qué dirá el señor baron, balbuceaba, un hombre tan fiero é impetuoso!

—Mi hermano no se opondrá seriamente á ese proyecto; ¿ignoras que le estoy sirviendo de estorbo hace ya tiempo? ¿no conoces que debe estar cansado de cuidar de una hermana, de quien debe estar lejos por sus deberes y sus diversiones? Porque no de otro modo podemos interpretar su silencio y las pocas visitas que nos hace. A Enrique le gusta mucho la independencia; la responsabilidad de mi suerte se le va haciendo pesada... Sí, créeme, consentiré sin escrúpulo en darme gusto. Si alguien debe volver á levantar la casa de Steinberg es él, y no yo... Como siga su brillante carrera, poco le importará que en un rincón del mundo se oculte bajo un nombre oscuro una mujer de su sangre. Si yo soy dichosa, mi felicidad será la absolucion de su conciencia.

Magdalena reflexionó un momento, despues meneó lentamente la cabeza, y fué á sentarse de nuevo en silencio.

Whilelmina siguió con los ojos á su anciana criada, como deseosa de continuar aun la conversacion; pero al ver la sombría tristeza de la pobre Reutner, se calló, y apoyando un codo sobre una almohada, volvió á caer en una meditacion profunda.

No se oia otro ruido que los gemidos del viento sobre la plataforma; el cielo ceniciento se iba ennegreciendo por instantes, porque el sol descendia rápidamente hacia su ocaso. La señorita de Steinberg dejaba errar tristemente su mirada sobre el melancólico paisaje que tenia debajo, cuando distinguió á la otra parte del Rhin un botecillo luchando trabajosamente contra la corriente.

Este botecillo, que no llevaba mas que un solo remero, parecia dirigirse hacia el castillo.

Hombre y embarcacion apenas se veian entre los vapores del rio, que se alzaban al comenzar la noche. Sin embargo, el pálido rostro de Whilelmina enrojó de pronto, sus ojos se animaron y la costó trabajo el reprimir un grito de alegría. Volvióse hacia Magdalena como para comunicarle una buena noticia, pero la misma señora Reutner parecia absorta en aquel momento por una preocupacion extraordinaria; habia dejado caer la labor á sus piés, y en pié, con el cuello tendido, contemplaba fijamente un punto del horizonte hacia el mediodía.

Siguiendo la direccion de su mirada, Whilelmina distinguió en los aires una bandada de aves que se iban adelantando lentamente por medio de las nubes, y no comprendiendo el atractivo que podia tener para la anciana aquel espectáculo, la llamó por su nombre suavemente, pero ella, sin volver la cabeza, alzó la mano al cielo murmurando con voz sofocada y con una especie de terror religioso:

—¡Las cigüeñas! ¡las cigüeñas!

Whilelmina conocia el carácter supersticioso de Magdalena, y como las cigüeñas figuraban en las armas de nobleza de su familia, supuso que su aparicion tendria algo que ver con alguna de esas viejas leyendas que sabia de memoria la señora Reutner. La jóven, alzándose de hombros, se puso á examinar de nuevo con interés el botecillo que atravesaba el Rhin.

—Sí, son las cigüeñas, decía Magdalena con melancolía sin perder de vista las aves viajeras; llegan del mediodía y anuncian la vuelta de la primavera... El sitio en donde se detengan será bendito de Dios; bajo el techo que las dé asilo entrará la abundancia y la alegría... Pero ya se han olvidado del castillo Steinberg, y pasan sin detenerse por estas miserables ruinas, abandonándolas á los cuervos y á los gatos monteses.

Gruesas lágrimas corrian por las mejillas de Magdalena en tanto que seguía con los ojos la marcha lenta de las aves que atravesaban el sombrío cielo.

De repente lanzó un grito penetrante que hizo estremecer á Whilelmina. La banda viajera, despues de haberse cerrado majestuosamente en los aires por encima del Rhin, se dirigia hacia las ruinas del viejo castillo: bien luego llegaron á distinguirse claramente los blancos cuerpos de las cigüeñas con sus largas alas, sus patas rojas echadas hacia atrás, sus cuellos con plumas flotantes graciosamente encorvados y sus picos de coral.

En su vuelo iban observando un órden regular. Cuando se encontraron sobre el Steinberg parecieron titubear un instante, hasta que por fin dos de las mas robustas se destacaron de la banda y descendieron rápidamente hacia la torre, en tanto que las otras, volviendo á emprender su viaje, se lanzaban de nuevo en el espacio impelidas hacia el Norte por un viento tempestuoso.

IV.

Este acontecimiento, tan sencillo en sí mismo, habia arrojado un grito á Magdalena; este grito salió solo, porque en seguida se volvió á poner atenta, observando con ansiedad los movimientos de las dos magníficas aves, que parecia como que iban á pedir la hospitalidad al Steinberg.

No esperó mucho tiempo; las cigüeñas se acercaron tanto á la torre que sus alas rozaron la estrechidad de las almenas. Sin asustarse por la presencia de las mujeres, dieron dos ó tres vueltas alrededor de la plataforma castañeteando con el pico, lo que segun dicen es en las aves signo de alegría, y luego, cayendo bruscamente, se pararon en un trozo de fábrica, entre la torrecilla y el torreón principal, á una corta distancia de la señorita de Steinberg.

No es posible formarse una idea del gozo que experimentó en aquel instante la señora Reutner. Su rostro resplandecía como si hubiera recobrado la juventud; adelantándose hacia su señorita para no asustar á las aves viajeras, y estrechándola en sus brazos, la dijo conmovida:

—Nada se ha perdido aun... ¡han vuelto!... Ya están en su puesto ordinario cerca del torreón... ¡Alabado sea Dios! La casa de Steinberg podrá prometerse buenos tiempos todavía.

Whilelmina se sonrió con melancolía.

—En verdad, mi buena Reutner, la dijo con tono distraído, no veo cómo la llegada de esas pobres aves puede influir sobre la suerte de nuestra familia, que tan desesperada te parecia hace un instante.

—Las cigüeñas llevan la dicha bajo el techo en donde se detienen, y estas aves son en particular de un presagio favorable para los barones de Steinberg; ya os lo he dicho una porcion de veces.

Una nueva sonrisa de incredulidad fué la sola respuesta de Whilelmina.

—Desde tiempo inmemorial, continuó Magdalena entregada á sus recuerdos, despues de un suceso que podria contaros si fuerais menos incrédula, las cigüeñas se han establecido en el sitio en que las veis ahora. Siglos enteros han tenido ahí su nido de generacion en generacion, sin cambiar de puesto; su desaparicion, fuera del tiempo de sus emigraciones anuales, ha sido siempre una señal precursora de desgracias para el Steinberg y sus habitantes. El castillo le abandonaron en el año de 1795, época en que vuestro abuelo, coronel de un regimiento prusiano, hallándose aquí á causa de los sucesos de la guerra, quiso detener la marcha, delante del castillo, de un cuerpo de tropas francesas; las cigüeñas, espantadas por el cañonero, desaparecieron, abandonando así enteramente ese vallecito que está ahí abajo, y que les servia en otro tiempo de punto de reunion para marcharse al finalizar el estío... El deplorable sitio de que os hablo ocasionó al Steinberg todo género de males. El castillo fué quemado en parte; vuestro abuelo, hecho prisionero, fué llevado á Francia, en donde murió, y de sus cinco hijos, cuatro perecieron en diversas batallas; solo vuestro padre conservó la vida para casarse con la noble señora, vuestra madre.

—Te confieso, Magdalena, que jamás me habria acordado de ahocar los males de mi familia á las cigüeñas.

—No os burleis, señorita, repuso la buena anciana meneando la cabeza; vuestro abuelo no tenia por absurdas esas creencias; al contrario, consideró como una gran desgracia la extraña desaparicion de las cigüeñas del Steinberg... y el señor baron Enrique, vuestro hermano, ha preguntado muchas veces si habian vuelto á su sitio acostumbrado durante su ausencia.

—Mi hermano es un poco jugador, Magdalena... y como tal debe ser supersticioso... E horabuena; quiero yo tambien tener algo de fé en ese presagio favorable; ¿por qué no he abrir mi corazon á la esperanza, así como tú abres el tuyo? Sí, quiero creer tambien, Magdalena, continuó exaltándose, quiero creer en la felicidad, cualquiera que sea el mensajero que la anuncie; ¿deseo tanto ser dichosa!

Luego, inclinándose sobre el pretil por encima de donde estaban las cigüeñas, añadió con un acento de melancolía infantil é ingenua:

—Bien venidos seais, géminos familiares del hogar de mis padres, alados protectores del Steinberg.

—¡Oh! Habeis hecho bien de no renegar esas tradiciones, señorita, murmuró Magdalena; siglos enteros han durado en el seno de vuestra familia. Si en estos tiempos de incredulidad y de orgullo nadie quisiera creer en ellas, nosotras dos deberiamos respetarlas todavía; vos, la noble descendiente de los Steinberg; y yo, su pobre criada. Además, quizá esas pobres aves han presenciado los grandes acontecimientos de que han sido teatro estos lugares; quizá han recibido las caricias de vuestro abuelo, aquel buen señor Hermán...

—¿Puede ser cierto eso, Magdalena?

—¿Por qué no? Dicen que las cigüeñas tienen una vida mas larga que la vida humana... Pero, Dios nos proteja! continuó con precipitacion; señorita, vuestros ojos son mejores que los moscos; no veis nada alrededor del cuello de la que está mas cerca de nosotros?

—En efecto, replicó Whilelmina sorprendida, parece un collar... es una tira de pergamino, una placa de plomo que lleva suspendida al cuello; ¡qué maravilla!

—Y decidme, señorita, repuso Magdalena con una agitacion que iba en aumento, ¿no tiene una pata hinchada por el

medio, como si se la hubiese partido y estuviese curada hace ya tiempo?

—Sí, sí, me parece que tiene un bulto como dices...
—¿Es el hinkende (el cojo!) exclamó Magdalena dando palmadas.

—¿Y quién es el hinkende, Magdalena?
—El baron Hermann puso ese nombre á una cigüeña, que cuando era chica, al ir á probar la fuerza de sus alas, se cayó del nido al suelo y se rompió una pata. El baron, como había heredado de sus antepasados una gran veneración por esas aves, cuidó por sí mismo al hinkende, le sanó y luego le dejó libre... Muy jóven era yo entonces, pero creo ver aun al hinkende siguiendo á nuestro abuelo por las torres y las murallas, acariciándole con su largo y sedoso cuello... Cuando la catástrofe de 93, el hinkende se marchó con las demás cigüeñas, y desde entonces no volvió mas. ¿Cuál ha sido el poder secreto que le ha detenido tan largo tiempo lejos de nosotros? Solo Dios lo sabe; pero creedme, señorita, su vuelta debe inspiraros ánimo y confianza.

—¿Sí, sí, Magdalena, dijo la jóven con una sonrisa á la vez irónica y alegre, tienes razón, deben cesar mis inquietudes... el cielo mismo se ha pronunciado en mi favor... seré dichosa!...

—En nombre del cielo, señorita, esplicadme lo que quieren decir vuestras palabras, preguntó Magdalena sorprendida.

—Bien luego lo sabrás... pero escucha... él es, Dios mio... Y al mismo tiempo resonaba en la escalera de la torre un ruido de pasos.

—Pero señorita...
—¿El es, te digo! repitió la jóven lanzándose hácia la garita de piedra que protegía la escalera.

Una forma esbelta y graciosa se dibujó en la sombra.
—¿Whilhelmina! gritó una voz varonil.

—¿Frantz!
Un hermoso jóven se lanzó impetuosamente hácia la señorita de Steinberg, la tomó la mano y la llevó á sus labios con un ardor superior á todas las consideraciones humanas. Whilhelmina retiró su mano ruborizándose, y después señalando á Magdalena, que se había quedado estupefacta con este trasporte, le dijo á media voz:

—¿Frantz! ¿Frantz! ¿olvidais que no sabe nada todavía?...

V.

Frantz era uno de los tipos mas bellos y completos de la juventud alemana. Delgado y vigoroso á la vez, estaba dotado de una imaginación llena de frescura y de una enérgica voluntad. Sus facciones, un poco pálidas, eran dulces y delicadas como las de una mujer; pero sus grandes ojos azules brillaban con un ardor euteramente varonil. Un ligero bigote rubio oscurecía su labio superior, y sus cabellos castaños flotaban en largos bucles sobre sus hombros.

Su traje no carecía de ese aspecto pintoresco tan á la moda entre los estudiantes de la universidad de Heidelberg y de todas las universidades de Alemania en general. Llevaba una levitita de terciopelo negro, abotonada sobre el pecho, una elegante gorrita de la misma tela, y un cinturón de charol que ajustaba su finotaje; pero en este modesto traje, Frantz conservaba un aire de nobleza y de dignidad que le hacía distinguirse de sus camaradas los fumadores y bebedores de cerveza.

Las palabras de Whilhelmina no habían podido amortiguar enteramente los impetuosos sentimientos de que se dejó llevar al volver á ver á la señorita de Steinberg. Sin embargo, se separó de ella dando un paso, y dirigiéndola una límpida mirada, la dijo con un acento penetrante:

—Es cierto; Whilhelmina... lo olvido todo... solo vos llenais mi corazón y mis pensamientos, lo demás del mundo no existe para mí.

La jóven se sonrió con orgullo; Frantz se volvió al fin hácia Magdalena para saludar, cuando se oyó una especie de gruñido sordo á la otra estremidad de la plataforma: una gruesa calza cuadrada con un rostro barbudo se descubrieron á la boca de la escalera...

—¡Ah! ¡ah! dijo Frantz, con una alegría mezclada con un poco de desdén, ¿el Sr. Fritz me ha perseguido hasta aquí?... En verdad, mi buena señora Reutner, vuestro hijo es bastante buen muchacho para hacer el papel de un perro arisco, dispuesto siempre á despedazar á los que pasan... No quería dejarme entrar, y tuve que empujarle y con fuerza... deseaba tanto llegar aquí!...

Y su amorosa mirada se fijó de nuevo en Whilhelmina.

—¿Tercieffe! murmuró una voz ronca en la escalera.

En cuanto llegó Frantz, las facciones de la vieja Magdalena recobraron su expresión de tristeza acostumbrada.

—¿Un perro! repitió; sí, el último criado de los Steinberg es como un perro fiel que guarda aun la entrada de las ruinas... y que debe alejar de casa á todos los que quieran traer á ella los males.

Frantz hizo un ademán de extrañeza.

—¿Me habláis á mí de ese modo, Magdalena? ¿Con que no me deben permitir á mí la entrada en el castillo?

—No soy mas que un humilde criado... Aquellos que la señora de Steinberg quiera admitir en él, serán los bienvenidos para mí y para mi hijo.

—¿Y la señora de Steinberg, preguntó el jóven con una graciosa sonrisa dirigida á Whilhelmina, permitirá mi presencia en la torre?

—¿Frantz! dijo la jóven en voz baja y con exaltación al mismo tiempo: ¡Ah! ¡quiera el cielo que no nos separemos nunca un solo instante!

Magdalena les observaba en silencio.

—Retírate, Fritz, le dijo al cabo con abatimiento; ni tú ni yo podemos impedir lo que Dios permite... Vuélvete á tu cuarto, pobre Fritz, y deja que se cumpla el destino... ¿Si me habré adelantado demasiado á creer en los buenos presagios?

Un segundo terciéffe fué la respuesta; pero en el mismo instante la cabeza cuadrada y el rostro barbudo desaparecieron. Frantz, acostumbrado por su madre á la obediencia pasiva, y además poco razonador de suyo, se marchó sin hacer observación ninguna.

El jóven estudiante y Whilhelmina no se acordaban ya de la madre ni del hijo: con las manos entrelazadas, se miraban y se contemplaban extasiados.

—Frantz, Frantz, decía la jóven en tono de reconvencción amorosa, ¿cómo habeis estado un día entero sin venir á la torre?... Creí que estaríais impaciente por...

—He tenido que cumplir un deber, amada Whilhelmina, porque he querido poner á cubierto de todos los ataques al hombre generoso que ha satisfecho nuestros caros deseos. Ya se halla en seguridad en el extranjero... Nuestra dicha no hará la desgracia de nadie, y no volveremos á separarnos.

—¿Frantz, y si nos separasen?
—¿Dónde hay poder en el mundo, Whilhelmina, que pueda hoy separarme de tí? dijo el estudiante con energía, y estrechándola sobre su corazón, desafiaria al universo entero...

Magdalena se levantó como un fantasma delante de ambos jóvenes, que se alejaron rápidamente el uno de otro. El dolor, la piedad y la indignación se disputaban la e presión de la fisonomía de la señora Reutner.

—¿Sois la hija de los barones de Steinberg? dijo á Whilhelmina con vehemencia: ¿cómo la pura Whilhelmina puede escuchar sin enrojecerse los dichos de un jóven libertino de las escuelas?... Por respeto por vuestro nombre, señorita, y por vos misma, no me desgarréis el corazón mostrándome donde ha caído la heredera de una ilustre casa.

Ambos jóvenes permanecieron un momento cortados con el apóstrofe.

—Ya lo veis, Frantz, cómo no habeis cumplido con vuestra promesa, y no habeis sabido callaros.

—Que sepa la verdad, repuso Frantz resueltamente; creí que no habríais podido ocultársela durante tanto tiempo.

—¿Dios mio! todo el día he estado para confesárselo, pero no me he atrevido.

—¿Pero qué es lo que hay? preguntó Magdalena con acento trémulo.

El estudiante tomó la mano de la señorita de Steinberg y la llevó á sus labios, en tanto que con el otro brazo rodeaba el esbelto talle de la jóven.

—Magdalena, dijo con nobleza, no os sorprendais ni os escandaliceis con esta dulce familiaridad... Puedo estrechar estas manos contra mis labios, y puedo reclamar esta alma como mia. Estamos casados desde hace algunas horas: Whilhelmina es mi esposa.

La señora Reutner se quedó inmóvil y nada respondió; solo en sus ojos se conocía que había en ella tanta indignación como incredulidad.

—¿No creéis lo que os digo, repuso el estudiante; os parece imposible que haya sido burlada vuestra vigilancia hasta ese punto! Muy bien habeis dormido la noche pasada, Magdalena! y Fritz, nuestro perro de hace un instante, no ladró cuando le robaban el tesoro confiado á su guarda. En tanto que los dos estabais soñando, vuestra señorita se escapaba del castillo en medio de la noche; yo la esperaba en una barca al pié del Steinberg, con dos amigos, dos estudiantes como yo que debían servirme de testigos. Atravesamos el Rhin en silencio, en medio de la oscuridad... ¿Qué conmovida y temblorosa estabais, mi pobre Magdalena!... A la otra orilla del río, en la aldea de Selzbach, nos esperaba un sacerdote en su modesta iglesia: Dios ha recibido nuestros juramentos, y así no tememos confesarlos delante de los hombres.

Esta relación debió haber disipado todas las dudas; sin embargo, Magdalena se volvió hácia Whilhelmina, y la dijo:

—Baronesa de Steinberg, solo á vos quiero creer... ¿Es falso lo que acabo de oír, no es cierto? No habeis tenido la loca temeridad...

—Todo es cierto, replicó la jóven con acento cándido.

—Ese matrimonio no puede ser válido ni ante Dios ni ante los hombres, exclamó Magdalena; desgraciada criatura, habeis sido víctima de alguna abominable picardía; os han querido engañar con un matrimonio fingido...

—No es fingido, señora Reutner; se ha efectuado según todos los ritos del culto católico á que Whilhelmina y yo pertenecemos. El sacerdote que nos ha unido así como los padrinos que han asistido á la ceremonia podrán atestiguar su realidad, en el caso que fuere necesario.

Magdalena Reutner les miraba alternativamente con ojos extraviados.

—Decidme, exclamó con acento sombrío dirigiéndose al jóven, ¿qué mágicos hechizos habeis empleado para trastornar la razón á una criatura como esta? ¿Sois el génio del mal encarnizado contra los descendientes de una grande familia? ¿Tiene encima esta casa la maldición del cielo?... ¿Casada!... ¿Casada con un oscuro estudiante, sin nombre y sin nacimiento; ella, el vástago mas puro y hermoso de la antigua raza!

Frantz se sonrió con melancolía.

—A pesar de que deseo lisonjear vuestros gustos, Magdalena, no puedo resignarme á pasar delante de mi encantadora Magdalena por un habitante del infierno; el hechizo de que me he valido ha sido un amor profundo y verdadero... Tengo tambien una familia, que debo olvidar porque ella me ha olvidado. Sin embargo, habeis de saber, añadió con un poco de altivez, que quizá puedo llevar un nombre tan ilustre y antiguo como el de Steinberg.

—¿Y cuál es ese nombre? preguntó vivamente Magdalena.

—Razones de la mas alta importancia me obligan á callarlo.

—Pero vos al menos, señorita, continuó Magdalena dirigiéndose á la jóven, debéis conocer ese nombre, porque estará escrito en el contrato de matrimonio, y debéis saber si es digno...

—Frantz quiso ocultarlo, y yo no he insistido por saberlo. Firmé la primera, sin hacer ninguna pregunta: Frantz es leal, y me quiere con toda su alma; Magdalena, ¿qué mas necesitaba?

El estudiante estrechó en sus brazos á su cándida y tierna esposa para darle gracias por aquella absoluta confianza. Magdalena se quedó pensativa; la seguridad que le había dado Frantz de que era de sangre noble había ya modificado mucho los sentimientos de esta mujer extraña.

—No comprendo, dijo por fin, cuáles son los motivos que se pueden tener para ocultar un nombre honrado... pero no le hace; revelando el secreto al señor baron, si la alianza es digna de su casa, perdonará quizá...

—Desgraciadamente, Magdalena, no podré valerme de ese recurso para apaciguar al baron de Steinberg, porque ni él ni nadie en el mundo lo sabrán; he hecho un voto sobre esto, y tengo que cumplir mi juramento. El señor baron tendrá que resignarse á ver en mí al estudiante Frantz y nada mas.

—¿Y qué hareis si no se resigna, imprudente jóven? Al baron le ciega la cólera cuando se incomoda...

—Mayores peligros que esos he arrostrado por casarme con mi querida Whilhelmina; pero que vengan á pedirme cuentas los que quieran: los desafío á todos.

—¿Cómo habeis podido ignorar el riesgo que corriais al contraer ese funesto lazo?

—Lo sabíamos, mi buena Magdalena, replicó Whilhelmina con una angélica sonrisa; por mi parte dije á Frantz lo temible que era el altanero carácter de mi hermano, y tampoco él me ocultó que tendria que arrostrar los furiosos de una familia poderosa, de la que se halla separado para siempre. Pero no nos han detenido estos temores: no quisimos oír la voz de la razón, ni tuvimos presente otra cosa mas que nuestro amor. Pusimos todo nuestro conato en vencer las dificultades que se presentaban, y ningun poder humano habría sido bastante para servir de obstáculo á una union tan deseada. Por esta razón no quise fiarme en tí, querida Magdalena: temia tu austeridad, tu firmeza, tu ardiente celo por mi felicidad, y aun en el día, si he cometido una falta al entregarme á Frantz, no me arrepiento de ello; estoy resignada á soportar todas las consecuencias de mi conducta, y aun cuando debiese morir, moriría por mi querido esposo.

—Y yo, dulce Whilhelmina, repuso el jóven con un acento apasionado, yo te defendería mientras me quedase un soplo de vida. Tú eres para mí la patria, la familia, el universo todo. Si debemos sucumbir en la lucha, sucumbiremos juntos. Nuestras almas se volverán á hallar en un mundo mejor.

Magdalena contemplaba á ambos jóvenes con una involuntaria admiración. Whilhelmina había dado el brazo á su esposo, y con la cabeza inclinada sobre sus hombros escuchaba ávidamente sus palabras. El estudiante en pié, en actitud altanera, con el rostro resplandeciente de alegría, y una mano alzada al cielo en señal de desafío, hablaba dominado por un ardiente entusiasmo.

Frantz le llevaba á Whilhelmina en estatura toda la cabeza. La hermosa jóven parecia apoyarse en él como sobre un protector: sus cabellos se confundían al soplo de la brisa de la tarde, y la oscuridad que comenzaba ya á esparcirse en torno de ellos, apenas dejaba entrever sus graciosos perfiles. Habríase dicho que era una celeste aparición rozando con sus ligeros piés la cúspide de aquella torre aérea, y dispuesta á volverse á las nubes de donde había salido.

VI.

Magdalena, cuya imaginación tenia una tendencia declarada á lo maravilloso, al contemplar á los jóvenes esposos no pudo menos de experimentar una admiración mezclada de ternura.

—Son tan hermosos como los amantes de nuestras antiguas leyendas, murmuró suspirando, y con lágrimas en los ojos; parecen hechos el uno para el otro... ¡parecen las almas de Berta de Steinberg, la virgen de los ojos puros, y de Carlos de Stoffsensels, llamado el bonito escudero!... Pero qué recuerdo tan terrible acabo de despertar ahora, añadió Magdalena con cierta especie de terror; el baron Manuel para castigar aquel amor les condenó á morir de hambre en ese horrible subterráneo que aun en el día existe debajo de nosotros y que las crónicas designan con el nombre de Camino de la fuga. ¡Pobres criaturas! ¡Dios os preserve de la suerte de Carlos y de Berta!

Whilhelmina no comprendió el sentido de estas palabras, pero Magdalena lloraba y la tenia los brazos, y la jóven se arrojó á su cuello.

—¿Me quieres todavía, mi buena Magdalena? exclamó trasportada; ¿me perdonas que te haya ocultado mis proyectos? ¿Que haya desconfiado de tí?

—Nada tengo que perdonaros, noble señorita; ¿quién soy yo para atreverme á reconveniros? Pero hay otra persona...

—No me hables de mi hermano en este instante, interrumpió Whilhelmina con una viveza encantadora poniendo uno de sus lindos dedos en la boca de la criada; deja que me entregue enteramente á la felicidad de estar al lado de Frantz, y junto á tí. ¿Por qué nos asustamos tanto de un peligro en el día tan lejano?... Tengamos esperanzas, querida Magdalena; ¿has olvidado ya, añadió sonriendo, el favorable presagio que creiste hallar en la vuelta de las cigüeñas?

Whilhelmina tomó á Frantz de la mano, le condujo hasta el pretil y le mostró las dos aves dormidas; luego con una malicia bien disimulada para no incomodar á la buena Reutner, explicó al jóven estudiante la importancia que daba Magdalena á aquella vuelta inesperada. Frantz se sonrió á su vez, aunque con tristeza.

—Whilhelmina, le respondió, prefiero una creencia poética y graciosa á la seca y fria realidad; además, ¿por qué hemos de negar ciegamente todo lo que no podemos comprender?... La creencia de la señora Reutner será sin duda relativa á alguno de esos antiguos recuerdos de que tiene la memoria llena...

—Magdalena, añadió en tono afectuoso, la noche está preciosa, no hace viento, contadnos por qué son las cigüeñas las aves protectoras de los barones de Steinberg; ya sabeis que me gustan mucho esas sencillas narraciones de tiempos pasados.

Las austeras facciones de la anciana resplandecieron de gozo súbitamente.

—¿De ese modo habeis burlado la vigilancia de una pobre anciana á quien le gusta hablar de lo pasado! dijo suspirando; pero no le hace, voy á daros gusto. Además debe importaros mucho el saber las tradiciones de la familia en que acabais de estar.

Frantz y Whilhelmina, que hallaban una buena ocasión cuando Magdalena contaba estos cuentos para acercarse mas el uno al otro y para contemplarse en silencio, se sentaron enfrente de la señora Reutner. Ambos callaban, pero sus manos se entrelazaban, y sus miradas se buscaban en la sombra.

Era ya totalmente de noche, y sin embargo, las nubes que se entrecubrian de trecho en trecho, dejaban ver algunas partes del cielo sembrado de estrellas. Por entre las almenas se descubria el Rhin como en el fondo de un abismo, presentando en aquel momento una superficie apenas empañada por ligeros vapores. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; solo resonaban de cuando en cuando los chirridos de las aves nocturnas ocultas en las hendiduras y huecos de las ruinas.

(Continuará.)

Por la T. CUENDE.

LA BATALLA DE MUNGUÍA.

La batalla de Munguía es la última función de guerra de las terribles banderías que durante la edad media agitaron este suelo, si bien fué la más encarnizada de todas.

Dos siglos hacía que Vizcaya no gozaba de paz ni de sosiego, conmovida de continuo por las rivalidades de sus más preponderantes hijos, tan poco amantes de su patria como del prójimo. Antes de que este país pasase a señorío de los reyes de Castilla se empezaron á mover y animar mutuamente en contra sus caballeros. Aguijados por necio orgullo, todos querían vincular en sus linajes los cargos de república, ya que no les fuera posible gozar de la *horca*, *cuchilla*, *pendon*, *caldera* y *pernada* (1) como sus hermanos de allende el Ebro. No poca sangre derramaban ellos en estas luchas; mas sobre el pobre recaían principalmente sus funestas consecuencias, pues por la fuerza veíase obligado á abrazar bandera. Desgraciadamente los señores no podían poner un duro correctivo á este desborde, y las palabras y consejos de los nobles ancianos se estrellaban en el escepticismo de hombres sin corazón. Hubo, no obstante, algún señor poderoso y decidido que tuvo bríos y energía para castigar á quienes tan descaradamente hollaban la ley. En este caso puede comprenderse á D. Diego Lopez de Haro, el quinto de este nombre, que, á pesar de la tenaz resistencia que los de dentro y fuera le opusieron, redujo á los que no querían reconocer más autoridad ni más justicia que su voluntad y caprichos. Aunque auxiliados en aquella ocasión los discolos por el rey D. Sancho el Bravo, D. Diego los venció y los puentes de sus torres le abrieron franco paso. No fué duradero el imperio de la autoridad: nuevamente volvieron á agitarse los linajes, y con intervalos de paz y guerra llegó la unión

caya, que no nos recuerdan ni días placenteros ni hechos muy gloriosos.

Hacia mediados del siglo XV se encrudieron mucho estas banderías, y por todas partes no se veían más que ruinas y desolación. El comercio de Bilbao que comenzaba á tomar algún incremento, vióse completamente aniquilado; la labranza falta de brazos, ocupados en faenas guerreras, seguía sus huellas; Vizcaya casi nada sacaba de su tierra ni recibía de extraños países; su presente era la miseria, su porvenir el hambre y la desesperación. Los clamores del comerciante y el labrador, en vano pedían un término á tal situación; imposible era aplacar los rencores de los que por sí mismos se habían constituido en verdaderos feudales. Cuantas tentativas hicieron los corregidores para calmar los ánimos y conciliar á todos bajo la égida de la paz y fraternidad, fueron inútiles.

Así pasaban los años y las cosas; lejos de mejorar, se ponían cada día en peor estado. Generalizadas las luchas, por momentos eran estas más sangrientas, y al par que así sucedía el hambre iba por momentos acercándose. Llegó por fin el año 1469. El rey de Castilla D. Enrique IV, el impotente, aunque ocupado en traer á buen camino á los suyos, también desearriado, se compadeció de la desdichada suerte de los vizcaínos y envió á su condestable D. Pedro de Velasco, conde de Haro, con el título y atribuciones de virey extraordinario de Vizcaya y Guipúzcoa y buen número de tropas de á pie y á caballo.

El ya anciano conde, uno de los caballeros que en unión con el célebre señor de Hita y Buitrago (luego marqués de Santillana) jugaron gran papel en la corte de difunto D. Juan II, era hombre de muy esforzado ánimo y energía, por lo que á nadie mejor que á él se pudiera haber dado semejante misión. Apenas tocó el suelo vascongado, dióse gran prisa á apagar los disturbios, adoptando las más severas medidas contra los per-

los medios de hacer frente á los rebeldes. Sus tropas muy reducidas no bastaban para ello y tuvo que recurrir á la ayuda de señores castellanos. Entre los que primero se presentaron, debe contarse á Luis de Velasco, conde de Salinas, su hermano, que vino con alguna gente de á caballo. Era este personaje conocido en Vizcaya, pues antes de la venida del condestable había estado en ella, y él fué quien por primera vez trajo soldados de caballería, los cuales, según dice García Salazar, solo sirvieron para hacer mal.

El paso de los hombres del de Salinas por Vizcaya fué una verdadera calamidad; saquearon todas las iglesias y con ellos nada hubo seguro, pues es fama que también muchas vírgenes con este motivo lo dejaron de ser. Con tan brillante socorro, el buen conde D. Pedro presentó batalla á sus enemigos, que ocupaban Munguía y sus alrededores con buen golpe de tropas decididas y algunas lombardas de excelente calidad.

El ejército de D. Pedro, inferior en número y muy relajado, fué el que llevó la peor parte en la pelea, sufriendo en esta jornada la derrota más completa. Mucha sangre corrió en ambos campos, y entre los prisioneros que hicieron los coaligados se contaban á los dos condes y sus principales tenientes. Puede concebirse el regocijo que semejante acontecimiento produciría en el ánimo de los vencedores, que se entregaron á fiestas y algazaras, en la villa de Munguía habían obtenido tan señalada victoria, un sábado á los días 27 de abril del antes citado año de 1471.

No participaron de este gozo los mercaderes de Bilbao, quienes, si bien no estaban de perfecto acuerdo con la cruel conducta del de Haro y sus instintos antifeudales, no dejaban de conocer cuán provechosa les era su presencia en el señorío. Sin embargo, la victoria de Munguía, que al principio hizo creer volverían á comenzar las reyertas con nueva fuerza, dando margen á odiosas venganzas, consiguió lo que no ha-



Tal-wang-kow ó el fuerte de los pagodas en Cantón.

de Vizcaya y de Castilla. Desde este momento las luchas tomaron proporciones gigantescas; incapaces los corregidores de detener el torrente, se contentaban con interponer algunas veces su voz y sus consejos en las contiendas, y cuando este medio no producía ningún buen éxito, con ser mudos espectadores de la tormenta. Las rivalidades que antes se circunscribían á una localidad, crecían é iban organizándose en luchas generales de pueblos. Formados así bandos imponentes, los pequeños caballeros que antes combatían por sí mismos se agrupaban alrededor del que creían más fuerte y por él se esponían á perder su vida, su familia y hogar. Todos esos castillos derruidos ya que por doquier vemos, son testigos oculares de aquellos hechos, borron grande cuido en la limpia historia del suelo vascongado. Si luego ínclitos descendientes no hubieran lavado la mancha de sus predecesores en guerras honorosas en pró de la patria, todas esas torres, todos esos escudos y nombres serían un baldón para Vizcaya. Aquellos que teniendo obligación de velar por la conservación de las buenas costumbres y libertades de este noble solar, no tuvieron reparo en robarle su reposo y sus hijos, lanzándole en guerras ignominiosas, y que no han podido justificarse nunca, son hombres de maldecida memoria. Los Zaldívar y Avendaños, los Mugicas y Vilelas, los Arbolanchas y Basurtos, los Adanes de Yurza y Leguizamones, son grandes figuras de la edad media de Viz-

(1) *Horca* y *cuchilla*. Derecho que gozaban los feudales de administrar justicia, la que se dividía en alta, mediana y baja. Había algunos que disfrutaban de la administración de las tres, y podían imponer cualquier pena y sin dar de ello cuenta á ningún tribunal. *Pendon* y *caldera*, franquicia de levantar y mantener tropas á su costa. *Pernada*, inmundio privativo del que otro día nos ocupamos, por el cual el señor que lo gozaba podía dormir con sus vasallos la noche de bodas. En Francia é Inglaterra era bastante común el uso de la *pernada*, mas en España generalmente se redimía por dinero.

turbadores. Muchos de ellos murieron en la horca y otros fueron *empozados*, que es muerte algo dura y entonces muy en uso; los que caudillaban en Vizcaya los bandos de más consideración eran Juan Alonso de Mugica y Pedro de Avendaño, respectivamente señores de Butron y de Aramayona y de Urquiza. El conde de Haro no tardó en imponerles un destierro, con cuyo acto quedaba restablecido por completo el orden material.

Mil bendiciones recibió en aquella ocasión el nombre del digno descendiente de los señores de Vizcaya. Desgraciadamente, la excelente obra del de Haro estaba destinada por la Providencia á morir en breve término. Un émulo de su autoridad encerraba Vizcaya en la persona del conde de Treviño, caballero bastante poderoso de tierra de Valmaseda. No tardó este personaje en turbar la paz que desde la entrada de Velasco reinaba en el país. Unido á sus parientes, deudos y amigos, levantó nuevamente la bandera de rebelión. Formalizada esta, llamó de su destierro á Mugica y Avendaño. Corría el año 1471, ó lo que es lo mismo, dos llevaban de ostracismo dichos caballeros.

Juan Alonso de Mugica, señor de Butron y del valle de Aramayona, jefe de una de las más poderosas familias vizcaínas y emparentado con la aristocracia castellana, era por aquel tiempo hombre de alguna edad. Treinta años hacía que su nombre sonaba en todos los combates, y él fué quien hizo por los años de 1443 una negra traición en el cerco de Elorrio. Tenía gran poderío en la tierra de Munguía, pues gozaba casi todos los patronatos de esta parte. Como poseía varias torres contaba buen número de criados, parientes y deudos, tanto que el señor de Treviño no pudiera haber encontrado nunca mejor auxiliar. También el de Avendaño era muy poderoso en Arratia y gozaba de gran prestigio entre las gentes de armas. Viendo el de Haro inminente la guerra, trató de buscar

bian podido conseguir las palabras de los corregidores, las quejas de los infortunados ni los lamentos de las madres: la anhelada conciliación de los linajes. Aliados allí casi todos contra el enemigo común, dióles algo que pensar la precaria condición á que podría quedar reducida la tierra solariega, si ellos en pró de su salvación no deponían odios y rencores. Convidados todos de esta verdad, en adelante las autoridades pudieron obrar con libertad, y por momentos las torres iban perdiendo su aparato militar. Cinco años después, cuando el rey Fernando V se dignó en Vizcaya confirmar nuestros fueros, todo estaba tranquilo, y los que hasta entonces no obedecían ninguna ley ni autoridad, se prestaron respetuosos á besar las reales manos de su augustó monarca y prometer no alzarse jamás en contra de ninguna autoridad, pueblo ni familia.

Los males que las banderías de la edad media ocasionaron á Vizcaya pueden resumirse en dos palabras: la paralización del comercio y la agricultura y la deshonra del país, sobre el cual, hasta entonces noble, pacífico y respetuoso, recayó la misma mancha que llevan sobre sí todos los pueblos de la edad media. No obstante, debe atenuarse la conducta no muy buena observada en aquellos tiempos por los nobles, reconociendo su buen sentido al poner término á sus rivalidades, aceptando los dos jefes de bando que les propuso el rey Enrique IV en las personas de Juan Alonso de Mugica y Pedro de Avendaño.

También contribuyeron á tajar este borron los altos hechos que á los hijos y descendientes de los vencedores de Munguía señalaban en las guerras de Alemania, Italia y Francia.

C. DE VILLAVASO.

DIRECTOR Y EDITOR, A. F. DE LOS RIOS.

MADRID, 1857.—Imprenta de LAS NOVEDADES y LA ILUSTRACION, á cargo de J. Heredia, Barco, 2.